CENIT

sociología — ciencia — literatura

Sumario

Campio Carpio: 1936 - 1963. Ante la heroica defensa de Madrid. — **J. Guiraud:** El anarquismo, única solución efectiva.—Dos conferencias de Muñoz Congost en Casablanca.—**Floreal Ocaña:** La voluntad Libertaria. — **Herbert Read:** Eric Gill.—**Severino Campos:** La personalidad de contenido ácrata.—**Eugen Relgis:** Del «homo faber» al hombre artista.—**Puyol:** Eternidad.—**Multatuli:** Parábolas de la autoridad.—**Fabián Moro:** Discurso del hombre libre.—**Han Ryner:** Colgando los hábitos (folletón).—La F.A.I. lanza su declaración de principios.

155

DICIEMBRE 1963

REVISTA MENSUAL

PRECIO : 1,20 F.

NUESTRA PORTADA

Trabajo, salud, alegría, tales son las cualidades que refleja la imagen de esta joven española que hoy reproducimos.

Joven, cuyo nombre importa poco, nos interesa saber, sin embargo, de ella que, como mil más, como decenas de miles más, trabajan y sudan mucho para asegurar a los europeos de cualquier nación la suculenta naranja española. Mano de obra barata y disponible para ser ocupada en cualquier rincón del mundo. En efecto, muchas jóvenes como ésta, trabajan, cuando pueden, en España y salen al extranjero a trabajar en los períodos de recolección: la vendimia en el Midi francés y la cosecha del melocotón en otras zonas.

¿Vive en Sagunto, en Murcia, en Carcajente, en Valencia mismo? Es igual, lo importante es que la hemos conocido en Francia y que del contacto que tiene con la España errante transmite sus conocimientos e inquietudes sociales a la España sojuzgada.

Con esta foto nos dice que está cogiendo naranjas, tarea que le agrada mucho, y que les ha enseñado a sus amigas y compañeras de trabajo, algunos ejemplares de CENIT que con sumo placer adquirió en Francia. Nos dice que se interesa mucho por la economía política y la producción. Como botón de muestra relata que España cuenta con 500 kilómetros de costa —desde Tarragona a Murcia— poblada del humilde y bienhechor naranjo; que se cuentan unas 100 mil hectáreas en las que se cultiva dicho árbol, y que se recoge un promedio de 70 toneladas de naranjas por hectárea. Esto y conocer las ideas de los exiliados, «su pasado, presente y... el porvenir de toda España» constituye su preocupación permanente después del trabajo.

¡Procurad que CENIT se lea en España! dice al final, cosa que la redacción transmite a sus lectores, y no lectores, a los efectos consiguientes.

CENIT

REVISTA MENSUAL
DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Redacción

Federica Montseny, José Borrás, Miguel Celma

Colaboradores

José Peirats, Vladimiro Muñoz, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Dr. Pedro Vallina, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré, Renée Lamberet, A. Prudhommeaux, Muñoz Congost

Precios de suscripción

Francia:	
Semestre	7,00 F.
Año	14,00 F.
Número suelto	1,20 F.
Exterior:	
Semestre	8,00 F.
Año	16,00 F.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.C. 1197-21
4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne)

(Todos los pareceres, por distintos que sean del nuestro, en los que aliente un pensamiento respetable, tienen cabida en estas columnas.)

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS - MADRID-4 - 3.º doha.

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA CIENCIA Y LITERATURA

Año XIII Toulouse, Diciembre 1963 Nº 155

1963 ANTE LA HEROICA DEFENSA DE MADRID 1936

por CAMPIO CARPIO

OCURRIO hace más de un cuarto de siglo. Digamos, casi una generación. Y representaría algo así como uno de los fantásticos tópicos característicos de episodios que ya entran por la puerta grande de la leyenda, si no tuviéramos al alcance de la mano a compañeros, amigos, hermanos, periódicos, folletos y libros a miles que nos hablan de aquel suceso como uno de los más luminosos de la historia social contemporánea. La defensa de Madrid constituyó uno de los actos más singulares de heroísmo que ponen a prueba la determinación de los pueblos en el minuto fatal de tiempo en que se jugará el porvenir de su historia.

El suceso apenas puede medirse en transcendencia a la distancia de veintisiete años transcurridos, porque los hombres que hoy nos leen y escuchan tienen otros ojos y oídos muy distintos a los nuestros. Los problemas de los pueblos, ahora, en este instante crucial de la reintegración humana, olvidan algunos detalles que para nosotros, los hombres que nacimos con el siglo, ván pegados a la osamenta de nuestra armadura como arrugada piel apergaminada. Y solamente con piedra esmeril o fundiendo nuestro organismo en un cubilete podría alterarse, borrarse o extirparse.

La defensa de Madrid parte de una preparación militar original de las milicias que en 1936 constituían el único ejército republicano con que contaba el pueblo español. Y dentro de esas milicias y formando sus mismos cuadros combativos, había compañeros nuestros, anarquistas, sindicalistas y amigos socialistas y republicanos, que solamente como tales se identificaban en el orden político, ya que supieron comportarse y batirse también como leones. Y aquellas milicias organizadas a todo trote, que no tenían otras armas que las arrancadas de las manos al enemigo en los cuarteles de Carabanchel, de Atarazanas, de Simancas y de otros tantos que se desplomaron en toda España al vigor anárquico del pueblo español, no solamente contuvieron la avalancha del enemigo desde julio hasta noviembre. sino que realizaron los únicos avances que registran las acciones de guerra de la causa republicana, y también las victorias como tal consideradas. Después, todos sabemos lo que ha pasado. Lo transcurrido en España y en el mundo entero.

La defensa de Madrid es el acto de heroísmo simbólico de la edad contemporánea. Tenemos a Stalingrado, Guadalcanal, Monte Casino... pero todo eso palidece ante Madrid, ciudad libre, habitada por simples ciudadanos ocupados en los múltiples menesteres, bombardeada inmisericordiamente por los fascistas de Italia y nazista de Alemania, Rusia, Francia e Inglaterra. Porque, si bien las bombas arrojadas procedían de las dos primeros nombrados países, lo fueron con el manifiesto y certificado permiso de las tres últimas naciones que integraban el Comité de Intervención.

Los refuerzos que la República podía volcar sobre Madrid para su defensa eran limitados. Los combatientes de aquel frente habían sido exprimidos y la entrada de los francofalangistas italoteútenos por las siete puertas de Madrid iba a ser cosa más fácil que la defensa de Tobas. Madrid no tenía consigo ya ni siquiera la fe espiritual de sus preceptores religiosos, que se habían escondido, pasado al enemigo o tomando partido en las acciones, trepados, fusil en mano, a los campanarios de la secular ciudad castellana.

El único recurso, antes de resignarse como víctimas propicias al pillaje, a la ira incontenida de los moros rifeños e italoalemanes, era quemar hasta el último recurso del ingenio; el más inocente de los tiempos modernos. Cavar trincheras en la tierra para ocultar el miedo, porque tal era el nombre. Porque en las trincheras, casi al descubierto, con el invierno encima y los hijos temblando de pavor, eran mucho más grandes que Toledo, que el Jarama, que El Escorial y todos los barrios, de la ciudad heroica. Pero el verdadero milagro se ha operado el 6 de noviembre de 1936: el pueblo entero, con sus gritos, llantos y cantares, lanzóse de boca a la trinchera como un coro de eumenides al sacrificio. Y con su coraje y con lo que haya sido, que no tiene nombre en ningún lexicón ni diccionario enciclopédico, Madrid resistió durante tres años.

Y después de aquel 6 de noviembre, pareciera que ya no era tan difícil resistir al enemigo. El pueblo madrileño experimentó un algo así como confianza de que el enemigo con asiento en Berlín y Roma, no eran tan poderosos; que los cafres que tenían su comandancia en la taberna de Burgos habían llevado a las puertas de Madrid su rostro de cemento armado y que los banqueros, suizos, londinenses y wallstreetianos no tenían seguridad ya en el triunfo de las armas fascinazistas. Y esa moral se vio más bien forticada con el llanto dispensado por Madrid entero al héroe de la resistencia, Buenaventura Durruti, la primera de las víctimas de jerarquía encargadas de la defensa.

Y luego de los combates, el destino de Europa quedó detenido ante el paralizado avance sobre Madrid. Porque no eran las armas las que podrían otorgar la victoria, sino las finanzas. Las acciones bélicas se clavaron en aquel lugar estratégico del mundo. Las operativas fueron máquinas IBM de contabilidad que entraron en funcionamiento en París, Berlín, Moscú, el Vaticano, Londres, Roma y Washington. Los siete enemigos más poderosos de la humanidad concentrados en sólido contubernio para tramitar la entrega de España al fascismo. A eso que hoy vemos y experimentamos como una deyección de la política moderna y de la sociología cavernaria juntas, sin expresión en ninguna lengua.

Y luego de ello, al instante casi de haber pactado la rendición, declarada la guerra tremenda, abatida la línea Maginot, aplastada como ratas los integrantes del ejército anglo-francés y arrojado al mar en Dunkerque, fueron los bombardeos sobre Conventry y Londres; sobre las ciudades y centros industriales de la vieja Alemania; las bombas atómicas sobre Nagasaki e Hiroshima; la eliminación de las dos grandes ídolos que un día fueron el furor y terror emperadores de Europa; las horcas de Nurenberg, sin los integrantes del equipo falangista. Y luego de tantos y diversos sucesos, el entrenizamiento del imperialismo ruso con todas las cartas consulares de la democracia capitalista.

No hemos reparado siquiera en la inutilidad de tanta acción y exterminio humanos juntos para atrasar el reloj de la historia en punto y hora en que encontramos hoy, en diciembre de 1963? No acertamos a comprender cómo y por qué se ha producido el milagro de Madrid, que no fue por artilugio ni obra de su patrono San Isidro Labrador, sino por acción unánime de su pueblo, de todo el pueblo español que corría hacia la luz de ideales que aún hoy, con derrota, con cárceles, campos de concentración, exilios, fusilamientos, transterraciones y una generación que surge de guerras y bombardeos preocupa al mundo y se recuerdan sus fastos como los de Numancia y Sagunto en los albares de nuestra civilización?

El drama de España y de su liberación está en orden del día. Falta solamente la confianza, la determinación de vencer y la seguridad de conseguirlo. Falta la alegría de la lucha y la irreductible resolución de ir adelante precedidos de los ideales encarnados por la Confederación Nacional del Trabajo, del movimiento anarquista y del socialismo revolucionario. En 1936, el pueblo español estaba socialmente asistido por una generación uniforme de luchadores decididos, cada uno más aguerrido que el otro. Podrían tener sus diferencias, y a fe que las tenían. Pero la palabra d eorden representaba los postulados anarquistas.

Entre una capa social de superficie constituída por la cultura general de una nación inquieta, que en los tiempos modernos ha publicado la biblioteca literaria y social de mayor resonancia y volumen en Europa, había una pléyade, más bien un contingente o un ejército de militantes que, aun sin expresarse, sabía a dónde iba el pueblo y lo qué quería. Esos combatientes anónimos, pero activos en toda la periferia nacional, eran la levadura y la leña de la revolución. Y continúa siéndolo. Aparte, en orden sobresaliente, en responsabilidad y determinaciones.

Detrás de este mundo en actividad, llenaban los cuadros del movimiento anarquista español hombres de casi una misma edad, y de un solo pensamiento; es decir, lo más granado que pueblo alguno pudo reunir en determinado momento de resurrección de su libertad, capaz de llevarlo al terreno de las grandes realizaciones. De entre los cientos de ellos, si bien de menor resonancia, mencionaremos a Vicente Ballester, José Villaverde, José María Martínez, V. Orobón Fernández, Juan García Oliver,, Ramón Acín, Diego Abad de Santillán, Federica Montseny, Isaac Puente, Manuel Villar, Felipe Alaiz, los hermanos Alcrudo, Eleuterio Quintanilla, José Ascaso, Pedro y Harmodio Vallina, Buenaventura Durruti, Germinal Esgleas, Juan López, Cipriano Mera, José García Pradas, Eusebio C. Carbó, Angel Pestaña, Juan Peiró. En orden de alguna mayor edad, no se olvidan Federico Urales, Soledad Gustavo, José Sánchez Rosa, y tantos otros todos ellos provenientes de los distintos ramos de la misma sobria solera

Recuerdos de antaño

El anarquista

UN puerto del hermoso mar Mediterráneo. Una docena de casas de pescadores. Otras tantas villas, propiedad de señores utilizadas solamente, como su nombre indica, los meses de verano. Una iglesia, ¡no faltaba más! con ribetes de edificio. Una tienda, émula de los grandes bazares, con un mostrador especial en un rincón destinado a la expendición de bebidas alcohólicas y refrescantes. Tienda y taberna. Taberna y tienda. Sitio de paso de jóvenes y viejos de los dos sexos. Lugar magnífico para disfrutar de los dones de la madre naturaleza en todos los aspectos, excepto el procreativo. Frente a la casa, espaciosa terraza protegida de los rayos del sol por verde enramada de pino. Aquí y allá, mesas y sillas rústicas de madera, al servicio de la clientela. Una de las tales, la más apartada del « mundanal ruido », acupada diariamente y siempre a la misma hora — de seis a ocho de la tarde — durante los meses de julio, agosto y septiembre, por un joven estudiante nativo del país y vecino de otros pueblos.

Dicho joven, antes muy estimado, llegó a ser mirado con indiferencia casi despreciativa por los veraneantes, como estima le tenían los humildes pescadores. Si su nombre no hace al caso, sí el apodo con que se le designaba : « El anarquista ». La juventud se apartaba de su vera como de un apestado e incluso, lo que más le dolía, sus compañeros de estudios de los años infantiles. Los únicos clientes de « su mesa » eran los viejos pescadores y alguno de sus hijos, pocos, pues las madres, por recomendación expresa de su confesor, les habían prohibido acercarse a él, sin que sus padres pudieran en este caso, como en otros muchas, oponerse a una orden de la negra curia católica, apostólica y romana.

La excomunión le vino por haber llevado su osadía al extremo de decir que cuanto había en el pueblo y en el mundo, era de la exclusiva pertenencia de los trabajadores, comprendidas las propiedades y casas de los señores. En el corto plazo de cinco minutos sus palabras habían recorrido pueblo y puerto. Confesado (...) por el cura y preguntado por diversos señores, tuvo aún el atrevimiento de ratificar en su presencia aquella afirmación, calificando a los interpelantes de explotadores, sanguijuelas y algunas cosas más nada respetuosas ni edificantes, según sus decires.

No obstante, el joven, con los años logró bastantes adeptos y ver levantada la excomunión por espontánea voluntad de la mayoría de los habitantes del lugar, prefiriendo no ir a misa antes que dejar su relación, al considerar sus « sermones » más bonitos que los pronunciados por el cura. El anarquista, se sentía feliz entre sus amigos y olvidando agravios, siempre magnánimo y generoso, seguro de sí mismo y del ideal que le iluminaba, no desdeñó jamás ni a sus encolerizados enemigos.

Como contraste, hoy, en pleno exilio, el joven, ya viejo, ignora lo que es. Si anarquista, anarcosindicalista, sindicalista, cenetista, o socialista libertario, y sus compañeros actuales son menos comprendidos que aquellos sus amigos de antaño. Su ideal, radiante y pletórico de promesas sin fin, practicado sólo por grupos, subdivididos en grupitos sin forma humana de compenetrarse ni de compenetrarlos, al poseer cada uno su líder, cosa extraña, y por lo tanto la verdad absoluta, empeñados todos en un teoricismo ingrato e incomprensible, capaz de hacer bailar la cabeza más equilibrada.

Y nadie se revuelve. Y nadie es capaz de encauzar, ayudar, proteger y enseñar a un sinfín de obreros lanzados a la deriva y a una juventud ansiosa de aprender y a la que se aleja por fanatismo, por incomprensión, al no saber o no querer valorizar la hermosura, la belleza de la doctrina anarquista, la finalidad de la anarquía, siempre comprensiva, siempre al compás

anarquista y de los cuatro puntos cardinales de la universidad sindical. Nombramos dos generaciones de luchadores que de una u otra forma gravitaron en aquel acontecer. En ellos germinaba el ideal en los trescientos sesenta y cinco días de sus años. Con ellos, la revolución no podía dar un solo paso atrás.

Madrid con su defensa alienta al proletariado de todos los países para las futuras empresas más descomunales del siglo XX, que han de repetirse, siempre en superación. La noble ciudad que ha adquirido el calificativo de invicta en la heráldica de la era espacial, no puede someterse al martirio en el grado de Budapest, de Varsovia y de tantas ciudades asoladas por los bárbaros, sino como un símbolo y promesa de lo que vendrá. Porque la revolución que encontró su epicentro en España en 1936 y cuyo magnífico ejemplo de resistencia lo dio Madrid, fue el producto de la confianza, la sinceridad e inteligencia conjugados en todos los tiempos del verbo y conducidos a la transformación del mundo.

Allí ha estado el pueblo con sus hombres. Con toda la fortuna de ideas que su historia pudo atesorar. Que en las acciones venideras los hombres sean anárquicamente más grandes para ir delante de los acontecimientos.

Salud.

CAMPIO CARPIO

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Ante el desarreglo del mundo EL ANARQUISMO, *UNICA SOLUCION EFECTIVA*

Un estudio de JUAN FERRER

8. — PRESENCIA DE LOS INTEMPESTIVOS

CONTRADICCION A LO QUE PRECEDE Y ABDICACION. — « La guerra y la postguerra nos han servido para superar viejos conceptos del apoliticismo confederal, al que evidentemente será muy difícil, sino imposible, retornar en adelante.» «Lo evidente es que las masas trabajadoras necesitan y exigen una participación activa en la vida pública.» (Criterios manifestados sin ton ni son.)

« Así vemos, por ejemplo, que la C. N. T., que desde 1931 a 1936 había eludido toda actividad gubernamental, combatiendo además lealmnete a los republicanos y socialistas que detentaron el Poder, reconoce, a partir de 1936, la necesidad de tomar parte en la responsabilidad del Gobierno a fin de defenderse contra el enemigo común. Y este reconocimiento va más allá, puesto que la guerra misma demuestra a la militancia confederal que dicha defensa contra las fuerzas de la reacción se impone, no ya solamente y accidentalmente a título curativo, sino de manera permanente y a título preventivo. » (Artículo « Nuevos rumbos », publicado en « CNT », 14-10-44).

« Por lo que a este respecto habrá que dejar a la deliberación del mentado comicio de Sindicatos, que tan pronto se pueda será especialmente convocado, la participación en el plebiscito y en las elecciones constituyentes de nuestras masas orgánicas, la presentación en las últimas candidaturas libertarias, y en caso de pronunciarse sobre el último extremo, el programa que sirviendo de base a la propaganda electoral será más tarde el índice de la tesis de nuestra eventual minoría parlamentaria... » (Extracto de una complicada Ponencia de una discutica C.N.T. de España, hoy inexistente.

«6. Apoyar con toda la fuerza y responsabilidad al legítimo Gobierno de la República que preside el señor Giral y del que formamos parte, como único instrumento de legalidad y como solo medio de evitar a nuestro Pueblo los horrores de guerra civil. » (De una reunión celebrada en marzo de 1946).

Un día se dice que el ciclo de la guerra civil no ha terminado, y otro día que se quieren evitar los horrores de una nueva guerra civil. Frecuentemente, los errores se encubren de cualquier manera.

« Las organizaciones de tipo revolucionario sólo encajan en los pueblos de mediana cultura. Digo mediana por no decir incultos. Es harto sabido que el Pueblo español hasta 1936 daba alta cifra de analfabetos. »

Este agravio a la C.N.T. fue publicado en cierto periódico. Sin comentarios.

Diez, veinte, cien agravios más y otras flores de decepción e incongruencia han salido del jardín de los compañeros que quisieran una C.N.T. en la que solamente los políticos podrían creer y militar.

No vomitamos rayos ni mascullamos maldiciones de una actitud confusa y claudicante.

CONCLUSION

El resumen que sacamos de la situación es pesimista ocn respecto a unas normas que hay que considerar caducas. Los sistemas sociales que nos rigen — democrático, bolchevique — han de sufrir necesaria transformación. Los partidos reaccionarios están incapacitados para toda labor que no entrañe un dolor y un retroceso. El fascismo fue un craso error del tradicionalismo que éste pagará, sea cual fuere la nueva forma que adopte, con su inevitable desaparición. Los partidos reaccionarios están incapacitados para toda labor que no entrañe un dolor y un retroceso. No en balde el Jefe de la Iglesia católica ha colaborado con Mussolini y lanzado y sostenido a Franco. Lo que la Santa Sede ha recogido en unos años de totalitarismo, lo perderá en siglos de porvenir.

También el republicanismo burgués ha caído en desuso. Sostenido por las clases populares, se vio inmediatamente constreñido, por las causas que sean, a sujetarse a la ley de los ricos en detrimento de sus sorprendidos representados. Es criterio pre-establecido que el dinero, en régimen republicano o no, pero capitalista, ha de estar por encima de promesas, Parlamentos y Constituciones. En última instancia, las bayonetas son el gran recurso de la Banca, siempre inspirada por los « trusts » internacionales, incansables alumbradores de guerras. De 1933 a 1940, las Repúblicas ale-

---

de las circunstancias, siempre del brazo de la vida, siempre humana. No; decididamente, la anarquía de ayer, no es, no puede ser, la anarquía de hoy.

Y naturalmente, el joven, ya viejo, pensando en el día del retorno, en la hora llegada, deja volar su pensamiento que parte rápido, veloz, hacia la enramada de pino, para al final, agachando la cabeza, llenas las mejillas de perlas mojadas resbalando lo mismo que las cascadas por las arrugas de su cara, recordar con nostalgia a sus amigos los pescadores y su estancia en el puerto; en el puerto de mar.

Elne, diciembre 1963.

J. GUIRAUD

mana, austriaca, francesa y española, y anteriormente la portuguesa y la argentina, perecieron ignominiosamente, sin respeto a la voluntad de los electores, por decreto del capital, el verdadero emperador del mundo.

El socialismo colaboracionista se ha suicidado en Inglaterra en calidad de partido mayoritario sin plaza para la dirección económica del país. Cuando no es la cadena de una dictadura lo que impide, es el grillete de una Constitución burguesa previamente reconocida. Los partidos obreros revolucionarios suelen chocar, en la hora de un éxito supuesto, con el inabordable muro de los intereses creados. Perfeccionan la tela de araña burguesa, y quedan prendido a ella.

Tampoco el comunismo de Estado ofrece mayores garantías. Desconoce al individuo, la política franca, y considera a la libertad con enojo. (« Libertad, ¿para qué? »). La idea inhumana de una dictadura que dosifique hasta el aliento de los administrados, terminará por disgustar fuertemente a los hombres. Por carecer de ideas morales, el bolchevismo se acoge — nueva religión al fin — a la fraseología brillante y al simbolismo personal. El Kremlin ha sido repintado, pero su idea original de autoridad a ultranza sigue en pie. El comunismo estatal cimenta la adhesión de las masas en lo que deben desconocer las mismas, las cuales se ahorra cuidadosamente « la funesta manía de pensar ». El materialismo martilleante de los soviets se reduce, en fin de cuentas, a un asunto de comer y obedecer. Sólo faltaba la afición a los juegos imperialistas para que el crédito revolucionario de la U.R.S.S. sufriera el mazazo definitivo.

La revolución rusa da la sensación de haber perecido bajo el peso de su inesperado triunfo.

En el orden de las soluciones, en último lugar se destaca lo nuestro. No somos más inteligentes que los demás, pero sí igualmente dinámicos y mejor intencionados. Llevamos en nuestro haber una experiencia revolucionaria de setenta y siete años y la fundamental de 1936. Somos ricos en ideas y contrastes, en acción y realizaciones. Los cañonazos de Barcelona, Madrid y Asturias, apeándonos de la teoría, nos forzaron a la concreción.

Y la concreción fue ésta : De amos y sacerdotes, la sociedad se puede pasar. Con talento mediocre, pero con ganas de vivir y de hacer vivir, el campesinado valenciano, castellano, aragonés y catalán brindó gráfica lección de sociología a Carlos Marx e incluso a Proudhon. Los hombres sabios y atentos que fueron Pi, Salmerón, Costa y Suñer Capdevila se hubiesen descubierto con respeto ante la equilibrada disposición de nuestros braceros. Salvochea, Lorenzo, Mella, Prat y Tarrida habrían cooperado en una obra tan profunda y sencilla como la nuestra, embargados por la emoción. La anarquía, ideal de purificación humana, ciertamente que en 1936 no la hubimos pero la iniciamos.

El sistema de colectividades — no lo negamos — fue un simple tanteo que cuajó provisionalmente para facilitar el estudio de cosa mejor. Inutilizado este propósito a causa de la guerra, la Colectividad se convirtió en base y sostén de la organización social del momento. Gracias a los trabajos animados por los sindicatos, la vida del país no quedó paralizada y los frentes dispusieron de producción, si no en cantidad suficiente, cuando menos para salir del apuro y en condiciones de regularidad. A pesar de la burocracia y del derrotismo infiltrados en los organismos oficiales, el antifascismo resistió la maravilla de tres años frente a un enemigo que extendía su poder gracias a las grandes facilidades que el exterior le concedía, correspondiendo buena parte de aquella gloria a los órganos de trabajo de la C.N.T.

Quienes concedan el mérito de la Resistencia española a los galones y a la dirección gubernamental, haciendo caso omiso del frenesí activista de los obreros del fusil, del arado y de la lima, es que desconocen o tratan de desconocer la verdad de aquellos trágicos y sublimes días.

Sin la presencia de los imponderables, o reducida la lucha en el cercado español, nuestra victoria habría sido indiscutible y rápida, y entonces la C. N. T. en cabeza, España habría dado el ejemplo de una organización social sin Estado, entrando definitivamente en el recinto sin límites de la verdadera libertad. Con el recurso de las Colectividades, los Municipios libres o de los Sindicatos de Ramo e Industria, se habría establecido estrecha relación entre manuales, técnicos y artistas, tanto en lo que respecta a los cuidados del trabajo como en la forma de beneficiarse del mismo.

Todo esto al margen de los engaños y personalismos, con la satisfacción del tributo rendido, con la alegría de presenciar lo bien que se desarrolla el vivir de los hombres cuando está propulsado por el buen deseo de todos.

Porque, además, « nuestro » régimen libertario tendrá esto de una importancia definitiva : que no será nuestro, que no será una propiedad, un coto de partido, mas un bien asequible a toda persona animada a rectas intenciones.

Mirando al exterior, se yergue ante nosotros un monstruoso interrogante, afectando al respecto que nos debe el extranjero y al trato económico que deberíamos establecer con él... que en este momento no pretendemos ni rozar. La índole de este trabajo es otra, y mejor estimaríamos que los hombres que tras fronteras viven del sudor de su frente, se comportaran en hermanos nuestros y no en portamaletas de sus caudillos. Allá estuviéramos para ver qué pasaría.

Creemos habernos expresado francamente, en propiedad, y si por casualidad a alguien le da la corazonada de que lo expuesto es salido de libro, le daremos satisfacción remitiéndole al último capítulo de los « Episodios Nacionales », que el Pueblo ha escrito con sangre y entusiasmo en ausencia del ilustre Pérez Galdós.

Agotado el poderío empírico, el proletariado español en 1936 tuvo la virtud de enfocar por la vía de los hechos. Cuando los demás pueblos comprendan nuestro 19 de julio, creemos que sus desdichas y las nuestras habrán terminado.

FIN

Dos conferencias en Casablanca

por Muñoz Congost

(CONTINUACION)

Unos y otros, organismos con tintes y pretensiones de representación más o menos legal, queriendo dar al problema y a la tragedia que vivimos, el carácter de un pleito judicial, en el que la razón tuviera algún valor.

Si la lección de otros países y de otros pueblos que lograron colmar sus ansias no alcanza a la mente pobre de quienes aún esperan algo del «foro» político, ello no demuestra sino la cerrazón mental de los líderes de una política que se niegan a considerar caduca.

En el concierto internacional, no pesó nunca la fuerza de la legalidad si no se encuentra acompañada de la acción fuerte y decidida, que impone la razón de los hechos, pues la de las palabras y conceptos, es voz en el desierto.

La legalidad era aquella República que se proclamó en 1931. Cuando fue atacada, por atacar con ella los intereses populares, el hombre de la calle se lanzó a la lucha, que bautizaron entonces una vez más como lucha por la legalidad. Y vencidos por la razón de la fuerza, seguíamos, quizá, siendo legalidad, pero si alguna vez la sentimos en nuestras almas, la enterramos para siempre en los campos de Argelés, en las arenas del Sahara, en los campos de muerte alemanes.

No quisieron comprender en ningún momento, que en el panorama histórico de todos los siglos, los principios de libertad, de dignidad, de manumisión humana n ofueron nunca proclamados por arte divino, sino obtenidos a fuerza de revolución, de lucha, de combate sin fin.

Desgraciadamente, el progreso social, que debiera ser un producto normal de la evolución, fue siempre el resultado de luchas innumerables.

La sociedad es, mal que les pese a los demagogos de «cámaras parlamentarias», una inmensa selva, en la que la lucha, la violencia es la nota determinante. La ley sólo fue ley cuando la fuerza la impuso.

Quizá extrañe oír estas palabras en nuestros labios, cuando decimos querer ser los portavoces de la armonía social más completa. Pero si esta armonía que defendemos con todas las fuerzas de nuestra potencialidad no existe, porque las fuerzas del privilegio se empeñan en destruirlas; si las más nobles reglas de convivencia humana fueron siempre y son hoy negadas por los detentadores de un privilegio al que no renuncian, es deber social y humano de seguir empeñados en este combate, cuya única salida es conseguir para el hombre aquello a que tiene derecho como individuo y como productor, como hombre consciente.

No somos nosotros quienes hicimos de la vida un permanente campo de batalla. Es la vida, en la más amplia concepción de la palabra, la que no admitiendo derecho alguno al abuso autoritario, al desprecio de la personalidad, a la coacción, que limita su propia expansión, arremete, lanza en ristre contra sus enemigos, que son los nuestros.

No vamos a querer convencer a las primeras figuras nuestro flamante «cuadro político de la democracia» con nuestras palabras, pero es deber nuestro decir la verdad, lanzársela una vez más al rostro.

En el combate contra el franquismo, que es fuerza que desprecia toda legalidad, no puede haber legalidad. La legalidad española desapareció desde que llegados al poder los hombres de la rebelión y del fascismo, los que seguimos del lado de la libernad, nos vimos, por doquiera que fuimos, acorralados como fieras.

Lucha de fieras es pues el combate que contra la España dictatorial está empeñada. Lucha sin reglas de combate, sin treguas, ni tribunales que juzguen el golpe bajo y traicionero.

Y en esta lucha, en que el enemigo se permite usar de todas las armas, de todos los procedimientos, debemos volcar todas las armas, todas las violencias, toda la brutalidad, sin reparos, sin frenos.

La legalidad no existe en este combate. Es un mito. Y el pretender ampararse en ella, es cómoda solución que justifica la inacción, el miedo, la cobardía.

Se nos podrá argumentar que a los ojos del mundo, es esa brutalidad, es esa violencia la que frenaría, quizá, los buenos deseos de «ciertos países» de buscar una solución cómoda al problema español y que ante el temor de un despertar de las fuerzas de la revolución, no se deciden. Durante tres años de guerra y veinticuatro de exilio, hemos estado esperando de los «buenos deseos» de gente extraña a nuestro pueblo y extraña a los naturales intereses de los españoles. Si la paciencia de los hombres políticos es capaz de seguir esperando otros veintisiete años, ya no es paciencia, sino poltronería y temor.

Hemos dicho temor y he aquí el punto delicado de la cuestión. Ese temor es la verdadera razón y argumento de su actitud negativa: el temor a que las aspiraciones lógicas del pueblo español no se limiten a las modestas y pobres soluciones de tipo extraño que ellos pretenden imponer como panacea a los males del país, en realidad solución de continuidad para sus intereses de predominio, y de defensa de todo cuanto es y fue siempre freno al progreso social; el temor a la revolución que suprima sus aspiraicones, limitadas al escaño del diputado, a la poltrona ministerial, al galón militar o a la recuperación pura y simple de aquel cómodo puesto de funcionario público que perdieron.

Que este sentimiento prevalezca en algunas docenas de títeres del mundo político, es normal y lógico, ya que en ellos pesa más su situación personal que el drama hispano.

Pero que haya tras de ellos, hombres del pueblo, quienes siempre vivieron de su esfuerzo, quienes siempre fueron los eternos forzados de la gleba, es incomprensible, y para ellos, que como nosotros no podemos contentarnos con soluciones bastardas, nuestras razones deben brillar en todas las ocasiones y por todos los medios.

Bien entendido, que no pretendemos que las fuerzas obreras del país se sumen en masa a nuestro criterio y opinión, y menos aún que queramos supeditar a nuestros puntos de vista sociales, el combate contra los verdugos de España.

Repetidas veces hemos señalado que cuando un primer objetivo se impone en la lucha, objetivo que puede y debe aunar todos los esfuerzos, es alrededor de éste donde se debe constituir la coalición de las fuerzas de combate contra la tiranía.

Pero por igual, repetiremos hasta la saciedad que tampoco podemos consentir que se pongan como condiciones previas para la coalición, el freno posterior, el respeto silencioso a soluciones rebuscadas de antemano.

Hay que derribar al poder imperante en España, vayamos a ello, todos reunidos en compacto haz, pero respetemos, una vez el objetivo logrado, la independencia de todos y cada uno de los coaligados. El conseguir el derribamiento del régimen no es todo con ser mucho. Si para aunar esfuerzos, se nos pide el nuestro y con él la promesa de silencio a lo que viniere después, o la complicidad para cualquier combinación posterior... no se busca la coalición leal, la colaboración sincera, no se nos considera como hombres, sino como armas... y si yendo más lejos se quiere buscar nuestro esfuerzo con promesas tibias, tampoco nos buscan como hombres sino como mercenarios. Y los hombres de nuestro temple no somos ni armas ni mercenarios.

Sabemos que nuestras palabras son duras, que pueden parecer intransigencia violenta a algunos de los que nos escuchen. Pero hemos de demostrar que sólo en el interés de todos nuestra intransigencia es admisible. Igual que no queremos, como no quisimos por la fuerza imponer la razón de nuestras convicciones, queremos que sea el mismo pueblo español en pleno quien fije su ruta... y no que sólo entre algunos como minoría delegada se determine la suerte de nuestro querido pueblo.

Y a fuer de sinceros, que al manifestarnos así, no podemos dejar de mencionar las maniobras todas que amenazan desde ahora al porvenir nacional por el que los españoles vienen luchando en la sombra y en el exilio desde hace tantos años.

En el panorama político español viene a unirse a las fuerzas del antifascismo, elementos nuevos. Si nuestra satisfacción y nuestro orgullo es la de ver que la razón adquiere mayor número de adeptos y que el franquismo ve disminuir sus cohortes, no por ello la ilusión debe llevarnos a cerrar los ojos, ante la insinceridad de algunas incorporaciones.

Los acontecimientos sociales de los últimos años en España ponen de relieve la intervención de más en más evidente de fuerzas extrañas a los intereses del pueblo español. Entraron en la liza, así como por generación espontánea, hombres representativos de la represión y de la reacción. La Iglesia, en parte, toma posición frente a Franco. Y pretendidas organizaciones obreras cristianas, que en España nunca existieron, salen a la luz y al combate, pretendiendo con ello unirse al conglomerado de los enemigos del régimen.

No nos engañemos, el pueblo español que no fue nunca católico, ni da fuerza de existencia a ciertas de estas organizaciones, lo hace para valerse de ellas, de la relativa impunidad que ellas ofrecen y las más de las veces, desborda de las intenciones de las mismas.

Y el peligro reside en que en el juego de la acción, incrementen su influencia y lo que es hoy conveniencia, sea mañana razón de existencia y conveniencia, y que esas etiquetas de importación que son el «sindicalismo cristiano» y la «democracia cristiana» tomen mañana raíz y título de permanencia, para entonces frenar las únicas fuerzas que en España fueron garantía de la libertad: las fuerzas sindicales.

Darles hoy carta de ciudadanía entre nosotros, es abrirles las puertas del futuro, es garantizar mañana la supervivencia de la Iglesia española, el mayor de los enemigos de nuestro pueblo.

Y no será inútil que hagamos constar desde ahora este contrasentido. La Iglesia española es un todo unido. Emanación de ese todo monstruoso que dirige el Vaticano; toda disensión, todo cisma, es rápidamente reprimido. Ese todo obedece a consignas fijas, a instrucciones centralizadas, a una sola cabeza, a un solo interés. ¿Cómo explicarnos entonces la proliferación de tendencias y facciones en que los católicos españoles pretenden crear?

La Compañía de Jesús, el Opus Dei, las Hermandades de Acción Católica, las Solidaridades obreras, etc., son, una vez más, la aplicación de las tácticas vaticanistas: Una vela a Dios... y otra al Diablo.

El régimen se tambalea... cierto pudor que nos extraña cierra aún a Franco las puertas del Mercado común... La acción de los agentes del bloque soviético puede adquirir incremento en España... Si viene la solución del remplazo, ¿en qué posición quedaría la Iglesia que fue el más firme sostén del régimen que bendijo la «cruzada», que empuñó las armas contra el pueblo, y bendijo las ametralladoras de la plaza de toros de Badajoz? Convenía asegurarse un agarradero, una plataforma para el mañana sin perder por ello los lazos que la unen al régimen por un si acaso de supervivencia... Y de aquí que creando esa pluralidad de tendencias, provocada y deseada, se asegura el hoy y se previene el mañana.

¿Acaso no pensaron en ello quienes al acoger con los brazos abiertos la pretendida colaboración de las nuevas fuerzas, parecen preferirlas a la auténtica representación de las multitudes revolucionarias de nuestro pueblo?

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Estamos seguros de que también pensaron en ello. Pero cuando la intención verdadera no es la de defender los intereses del pueblo español, y si la de conseguir con el derrumbamiento del régimen, una nueva era de privilegios políticos, poco importa el aliado, si con él puede gozar de lo que el mañana pueda traer.

Esta es la verdad y no otra. Y como nos hemos propuesto decir la verdad poco ha de importarnos que nuestras palabras escandalicen, que se salgan de los senderos trazados de una posible convivencia y dañen los propósitos de acción conjunta con elemento sdudosos.

Consideramos que señalar el peligro, y dar el grito de alerta es una necesidad ineludible, que naga reflexionar a los espíritus prestos a la concesión y al consentimiento.

Si en la lucha emprendida contra Franco su aportación es valedera, ni la frenaremos ni la rechazamos, pero en calidad de francotiradores, sin carta de ciudadanía, sin certificado de buena conducta, porque estamos seguros de que mañana el pueblo español encontrará en ellos los herederos de la escuela trabucaire de la Iglesia española, del sacerdote carlista cerril y bárbaro, y a la par los defensores de las fuerzas represivas, de la Banca, del Alto Capital, de los privilegios antisociales.

Aun no ha terminado el cielo lúgubre de la dominación franquista y ya las amenazas se ciernen sobre la España de mañana. Y si no hemos de vacilar un solo momento en aportar voluntad, tesón y esfuerzo plenos en precipitar el final del régimen bocharnoso, no por ello hemos de dejar de vigilar con atención extrema las bandadas de rapaces que pueden, en ese futuro que anhelamos, pretender hacer un festín en el río revuelto de las primeras horas de alegría.

Por todo ello, no podemos, sinceramente, comprometer en nada el futuro de los destinos españoles, dando aquiescencia y acatamiento a sistemas o combinaciones de transición. Una sola debilidad puede reducir a nada los años de esfuerzo de lucha, de sacrificio. Una sola concesión es una hipoteca. Y la pobreza del porvenir que nos puede dejar el fascismo español no permite las hipotecas.

Continuando en este examen de las contingencias del presente español, no podemos pasar por alto otro de los aspectos importantes de la situación actual, y que pueden ser determinantes en el futuro.

Desaparecidas legalmente a raíz de nuestra derrota las organizaciones sindicales españolas, cuya vida se reduce a la de la clandestinidad y el exilio, el régimen totalitario no podía por menos que dar forma a una de sus modalidades de acción, cuando la Central Nacional Sindicalista de carácter vertical, y cuyos representantes se permiten hoy codearse con los organismos internacionales de la O.N.U., en el aspecto «laboral», como ellos dicen.

A nadie se le oculta la lucha encendida en el seno de la unión por la supremacia. Y entre los empeñados en ella, no olvidemos a quienes habiéndose metido siempre al margen de la vida sindical española, esperan lograr un día el ansiado desquite: el Partido Comunista Español.

Su esperanza es que la Central Nacional Sindicalista de riquezas y poder incalculable, sea mañana el núcleo, el punto de partida de una Central Sindical Unica, infeodada a las directivas de Moscú, como otros la esperan infeodada a las directrices de la democracia cristiana, Roma o Washington. Y ello es tanto más peligroso por cuanto que siendo algo existente rodado, asentado en la costumbre, cimentado en veinticuatro años de existencia, nada más fácil que un cambio de cuadros de cabezas, de etiqueta, y los aprovechadores se encontrarían en la cabeza de algo mastodóntico como nunca soñaran en poseer.

¿Y qué hacer? diréis. No se trata de infiltraciones ni de buscar la misma táctica que otros. Con la CNS sólo se impone una medida, su destrucción sistemática y total, la demolición hasta los cimentos, su desaparición total del horizonte español.

Y ello, con las pretendidas soluciones incruentas, de concesiones o combinaciones, con el respeto a la transición es imposible.

(Continuará.)

El compañero Joaquín GUILLEN, de Montauban, que es un gran amigo de la cultura, construyó con sus manos de artista una hermosa mesilla y la rifó a beneficio de CENIT. Total para esta revista : 130 00 francos.

Agradecemos mucho este gesto cuyo ejemplo debería cundir si queremos que CENIT viva.

Señalaremos que en la tarea Guillén fue ayudado por jóvenes emigrados recién salidos de España. Pues también a éstos les gusta la revista.

POR UNA CONDUCTA HUMANA MEJOR

La voluntad libertaria

(CONTINUACION)

No se entienda, por todo lo expresado hasta ahora, que sólo damos importancia a la emoción y a lo afectivo, y poco o ningún valor a la inteligencia pura del individuo humano, facultad que no poseen los individuos de las demás especies animales que no progresan, precisamente, por carecer de aquélla. Pero consideramos que las espontáneas reacciones psicológicas de la persona con buena cultura son las más sinceras, las más humanas y creadoras.

Mencionemos la inteligencia que no existe pura o funcionando aisladamente como podrían suponer algunos deterministas, tan dados a lo mecanicista, como tampoco existen procesos instintivos y afectivos puros. La persona humana siente, piensa, reacciona y actúa como unidad funcional que pone en juego todos los elementos que engloba dando por resultado vida instintiva, afectiva — o de afectos diversos — emocional e intelectual o, en suma: respuesta total del sujeto a cada situación vital o trivial que vive con la mayor intervención de unos o de otros de los factores psicológicos citados según la necesidad que aquél pretende satisfacer. Así reaccionamos y respondimos, con todo nuestro ser, al enterarnos del asesinato de los jóvenes libertarios por el Estado franquista. Y no olvidamos a los libertarios que elimina en silencio la dictadura rusa y a los que eliminó el Tío Sam siendo inocentes : Sacco y Vanzetti y, anteriormente, llevándolos a la horca, a los mártires de Chicago. El Estado, no importa cómo se denomine, es opresor, destructor y cruel por naturaleza.

Volviéndonos a situar en el terreno de la Psicología convenimos en que las reacciones espontáneas caracterizan el tipo humano extravertido, pero consideramos que necesita obtener experiencia subjetiva que lo ayude a comprender mejor el estado de su conciencia como también, en lo posible, la de cada uno de sus semejantes, con los que se relaciona y trata. Y cuanto más se conozca el individuo humano más podrá influir en sí mismo para evolucionar en sentido bueno, como también en la superación de la conducta de sus congéneres.

Casi obvio es exponer, después de lo dicho que, a nuestro entender, las características del pensador equilibrado y completo, relativamente hablando, armónico y positivo, bueno, en una palabra, son las siguientes : poseer inteligencia subjetiva sin ser introvertido además de toda la buena cultura adquirida y que pueda adquirir. Se explica esto y comprendiendo y experimentando, en nosotros mismos, en grado menor, dados nuestros cortos conocimientos, lo que hace el buen pensador, bien dotado, sea o no científico : que supera a lo que de más egocentrada tiene la inteligencia subjetiva al dedicarse a obtener, por medio de la misma, experiencias psicológicas para proyectarlas hacia cuantos semejantes lo circundan. Nada les regatea : si éstos lo desean pueden beneficiarse, con el conocimiento entero de aquéllas, extrayendo enseñanzas, para su propio bien, al contrastarlas con las experiencias sensibles que registren realizando sus personales introspecciones.

Al sujeto no ha de preocuparle el temor de no ser debidamente comprendido, qué puedan pensar los semejantes que lo rodean al exponerles sus defectos y virtudes y, en particular, cómo ha incurrido en los primeros, señalando cómo los superó y cómo evitar ser presa de los mismos poniendo en acción toda la fuerza de la buena voluntad de que es capaz la persona humana. Al ser humano moral, enterizo, sólo le importa obrar de acuerdo con su conciencia y contribuir a ampliar el área del Bien.

Cuando el sujeto obra del modo precitado, tan generoso, franco y sincero, por el bien propio y ajeno, prueba, palmaria y rotundamente, sin lugar a dudas, que a éstos vinculan limpios sentimientos de sociabilidad, de amor bien entendido, amor universal. Y la exuberante vida efectiva que ha de caracterizarlo, dada su normal y peculiar forma de ser sensible, predominando en su existencia, globalmente considerada, es la que le traza, con fuerza que las razones posteriores afirman, la conducta o camino ético a seguir — no siempre seguido fiel y lealmente por los faltos de buena voluntad — con individualidad y personalidad propias y conciencia insobornable, incorruptible, en el seno de la familia, entre sus afines en ideas y sentimientos y en el complejo medio social.

Con la inteligencia objetiva el sujeto resuelve la mayoría de los problemas. Las soluciones se inician, en cada uno, con la emoción — o con las impresiones, las emociones y las intuiciones concomitantes — pero ésta no puede solucionarlos enteramente, con sus propios elementos. Y cuando la persona, con serena firmeza, logra el equilibrio de sus energías nerviosas, la relativa buena conducción de éstas y el aprovechamiento de todas sus experiencias internas es más capaz de desarrollar, sin desarrollar, sin desequilibrarse, permanente y desbordante actividad constructiva. Al desequilibrio nervioso podría más fácilmente llevarnos la introversión o la extraversión excesivas, desordenadas, obsesivas.

Concretamente : el pensador, sobre todo el humanista e higienista, ha de tratar de desarrollar todas las aptitudes intelectuales subjetivas y obje-

tivas que le permitan dar, a cada problema y a cada situación ajena o propia que viva o conozca la respuesta más completa.

A más franca y estrecha interrelación e interacción la inteligencia subjetiva y la objetiva más compenetrado estará el sujeto de las cosas y más aciertos podrá obtener. Y lo mejor, a nuestro entender : ambas contribuyen a gestar la inteligencia espontánea, la superior por ser la creadora, la que envidiamos noblemente y admiramos en los sabios y en los genios. La hacen nacer y revelarse necesidades — sustituyendo al término estímulos usados por los deterministas — que aquéllos quieren satisfacer descubriendo o inventando algo nuevo o por la simple satisfacción de perfeccionar lo conocido o hallar una verdad que presiente, existan o no indicios de la misma, gracias al vacío que se advierte entre ciertas verdades físicas o de otra clase que no quedan adecuadamente enlazadas.

La inteligencia espontánea, en la que tan poco creen algunos deterministas, es la cimera, la más elevada, la reactiva y emotiva, proyectiva y creativa que funciona como separada de las demás formas de la inteligencia, sin estarlo totalmente, y en globa todos los elementos más valiosos del ser humano : los instintivos, los afectivos, los sensibles y los intelectuales.

Los conceptos espontáneos, nacidos al calor de emociones diversas, nos han desviado un tanto de lo esencial del tema planteado. Sin embargo se relacionan y se complementan. Pensemos en cuán conveniente es que cuantas personas hablamos, con más o menos conocimientos, sobre la conducta humana y de los procesos psicológicos ahondemos más en el estudio de las funciones de nuestro propio cuerpo, realicemos seria y serena introspección, estudiemos nuestras propias reacciones psíquicas-mentales y expongamos, llanamente, todas las que, en particular, puedan ayudar a humanizar al hombre y a constituir sanas y sólidas estructuras psicológicas.

¿Por qué nuestros opositores no tratan de buscar una verdad, o de una posible verdad, o nos ayudan a buscarla hablándonos más de sus propias experiencias psicológicas, ya que de la conducta humana tratamos, y menos de lo dicho y escrito por los demás? Si deciden hacerlo comprobarán que es un ejercicio psíquico y mental saludable y atrayente. Y teniendo que hablar de sus propios errores y defectos les hará sentir la necesidad de ser más comprensivos y tolerantes con los semejantes que los circundan. Procurando no llegar hasta la obsesión desequilibradora las investigaciones introspectivas y la explicación de las mismas les haría tanto bien moral, físico e intelectual como nos lo hace a nosotros, a los que nos rodean y son, sin duda, las más vivas, verídicas y exactas lecciones de psicología, tan valiosas o más que las ofrecidas en ciertos libros de esta especialidad.

Los contradictores y los críticos —todos los somos en mayor o menor grado y más o menos persistentes— cumplen con una loable labor cultural y social cuando ejercen la crítica movidos por **necesidades** afectivas, sensibles e intelectuales, estéticas y constructivas, en busca de la belleza, de lo realmente útil para la Humanidad o de una verdad de cualquier clase. También es encomiable la crítica que se esfuerza por clarificar temas y materias diversas.

En ningún caso nos sintamos atacados ni heridos en nuestro «amor propio», ni nos duela la discrepancia ni la oposición que otros sujetos hagan, con sus críticas, a nuestras concepciones. Casi siempre son de agradecer las oposiciones, porque nos obligan a revisar nuestras propias ideas para rectificarlas, ratificarlas o superarlas.

Sonríanse los pensadores evolucionados cuando ciertos críticos dejando transcurrir los años, para que sus alusiones agresivas pasen innotadas, sólo puedan decirles que se adjudican «victorias pirrónianas». Es que se baten en desordenada retirada a la que quieren dar apariencias de triunfo ante sus amigos, los únicos que saben a qué se refieren, porque sólo ante ellos la comentan, a destiempo, en privado, proyectándose: adjudicándose la victoria de la que nada saben los propios criticados. Dicen haberlos derrotados sin que éstos se hayan siquiera enterado que han sido actores en una «batalla». La realidad psicológica de los que se proyectan tan claramente es que proclaman su propia derrota. Pero aquéllos es seguro que de saber que tal combate y «victoria pirroniana» están sólo en las mentes angustiadas de los críticos más bien desearían que no se angustiaran más, que les aprovechara si ha de hacerles felices una ilusión fugaz, un espejismo que lo confunden con la realidad que es más difícil de alcanzar. ¿No es hora ya que no se pierda ni se haga perder el tiempo miserablemente?

Es muy corriente en la vida social, y por eso generalizamos, que críticos mal o bienintencionados, consciente o inconscientemente zahieran a otro semejantes que defienden opiniones distintas a las suyas. Pero a nosotros ya ni nos molestan siquiera por dos razones más: primera, porque sabemos que hasta los individuos más inteligentes y tolerantes, más buenos tienen defectos, incurren en contradicciones y cometen errores con los que pueden, inconscientemente, hacer daño a una o más personas, hablando, escribiendo o con sus actos; segunda, porque los sujetos que combaten la existencia de la **voluntad** humana y de la **conciencia** misma nos ofrecen, **voluntariamente**, sin proponérselo, curiosa experiencia psicológica que fortalece nuestra tesis y no la suya, la que pretenden defender de carácter **determinista-mecanicista.**

La realidad psicológica precitada la puede experimentar cualquier persona, y es comprobable: la reflejan las conductas de los sujetos positivistas que actúan, de buena fe, en el campo del **determinismo** y, en mayor grado, superlativa y obviamente, los religiosos y los políticos de todos los colores eligiendo acciones que significan «vencer» por todo los medios —transitorias, efímeras victorias— omitiendo otras ideas y actitudes consideradas mejores por lo más íntimo de sus propias **conciencias.** No las admiten y las rechazan, con todas sus fuerzas, porque contrarían sus egoísmos personales mezquinos y sus estrechos criterios particulares, de secta o de partido que quieren hacer prevalecer, a toda costa, a sabiendas que perjudican a la mayo-

ría de sus congéneres y retrasan el reconocimiento universal de una verdad.

Nosotros seguiremos sin omitir, en los sucesivos artículos —como hicimos en anteriores—, lo fundamental de las opiniones adversas que aludamos para hacer contraste efectivo y serio de ideas con el que se destaque la superioridad ética e intelectual de las unas o de las otras.

Todo es superable, y estamos interesados en que prevalezca, permanentemente, lo superior en sentido científico, social y humano, en este último aspecto sobre todo, libres, siempre, de todo sistema limitador. Esta resolución, tomada libremente, por propia **voluntad** de acción progresiva opuesta, resueltamente, a la uniformidad, anquilosadora y antivital, coincide con el pensamiento científico más riguroso y hasta con el más exigente criterio filosófico. Al respecto el célebre filósofo Ling Yutang escribió: «El deseo humano de ver solamente una fase de la verdad que percibimos y de elevarla a un sistema lógico perfecto, es una de las razones por las cuales nuestra filosofía está destinada a ser cada vez más ajena a la vida. Toda verdad que ha sido erigida en sistema está tres veces muerta y enterrada.»

Las palabras de Ling Yutang certifican la defunción, por tres veces, como podría decir por mil, de cuanto hoy no merece ser seguido, y menos borreguilmente, por millones de individuos humanos: de las religiones y de todos los sistemas políticos, llamados de gobierno, que son, en realidad, de esclavización de las personas desheredadas y de los pueblos en general. Son sistemas dogmáticos ajenos a la vida: no permiten a la mayoría de los seres humanos vivir normal y plenamente sus propias vidas con pensar y sentir libres, sin cortapisas.

Todas las filosofías religiosas y políticas han sido enterradas, unas, bajo el polvo de los tiempos, y otras están destinadas a sufrir la misma suerte por autoritarias que es decir dogmáticas. Unicamente la filosofía libertaria, que se inspira en los intereses biológicos y psicológicos de nuestra especie, se salva de la crítica cualesquiera aunque se llamara **determinista.**

Coincidimos con Ling Yutang que las actitudes absolutas son sinónimas de uniformidad, **negativas,** como las **deterministas** aunque parezcan otra cosa. En el campo del positivismo científico todo lo más alcanzan un límite de lo real, rueda metálica que gira constantemente sobre su eje sin poder desplazarse o ir más allá por muchas que sean las revoluciones que dé por minuto. Esta, como el **determinismo,** es una realidad en movimiento, innegable, pero estática, aunque infinitamente superior a los sistemas teológicos que, entre todos, que suman cientos, no pueden dar siquiera un sólo indicio comprobable, material, de cuanto sostienen, teóricamente, sus doctrinas dogmáticas.

Ya comentemos, en varios números de CENIT, que el eminente científico Werner Heisenberg avanzó por el área infinita del **indeterminismo** desprendiéndose del dominio de las ideas deterministas. Dejó atrás todos los límites por éstas establecidos, ignorándolos, hasta cierto punto, para investigar y obrar libremente, sin trabas de ninguna clase, por el campo de la Ciencia. Gracias a su **voluntad positiva,** pasando por encima de las ideas hechas halló algo nuevo fundamental: la fórmula que explica todas las leyes físicas del Universo.

La **voluntad** de inquirir y de hacer del científico no puede abdicar ni detenerse ante el nombre de otro hombre de ciencia por genial y brillante que sea. Lo que no logró descubrir Plank, lo descubrió Einstein, Heisenberg, etc., o la inversa. No menos propia, independiente y firme ha de ser la **voluntad** de cada libertario en el medio social. Es preciso, pues, satisfacer, urgentemente, la **necesidad,** cada día que pasa más **sentida,** elaborada por la **conciencia:** dar a la buena **voluntad libertaria** el valor que tiene como realidad psicológica.

¿Que la llamada **voluntad** no existe o es mera ficción? Refrlexionemos, sencillamente, por nosotros mismos, sin complicaciones abstractas ni científicas, recordando que las verdades han sido, casi siempre, muy llanas, asequibles por las personas con más o menos cultura y **buen sentido.** A más de un **determinista**-mecanicista se le ha «escapado» decir en la vida cotidiana: «Es mi **voluntad** hacer esto, lo otro o aquéllo», o bien: « Esto lo he hecho contra mi **voluntad**». ¿No quieren reconocer que ésta existe de acuerdo con lo que han **sentido,** vivido y expresado, espontáneamente, a viva voz, desde lo más íntimo de sus conciencias, ante sí mismos, frente a gentes extrañas, de amigos o de familiares. Sea, no lo hagan, no lo manifiesten en privado, en público o desde la tribuna periodística con el valor auténticamente humano que es preciso tener para hacerlo. Si lo prefieren traicionen su propio **sentir** y **pensar.** Pero en su nombre proclamamos lo que no debieran calla: que al estudiarnos, al intentar conocernos algo más, hemos aprendido que no existe un sólo sujeto normal, por más **determinista-positivista** que sea, que en el transcurso de su vida no haya repetido, muchas veces, las palabras precitadas, u otras parecidas, como descargo de **conciencia,** al tratar de excusarse por un mal trabajo realizado, **involuntariamente,** por un accidente, por una acción o acto cualesquiera condenable —lo sería de haberlo hecho **conscientemente**— o como tal considerado por las personas que lo rodean basándose en los malos resultados obtenidos distintos, a menudo, a los buenos que aquél pensaba obtener. Y pasa a veces por mal sujeto el que no tiene pizca de tal.

¿Por qué detenernos a preguntar si la **voluntad** es o no una facultad, un órgano o una de las fuerzas psicológicas integradoras determinante en la conducta humana? No es imprescindible. Lo importante hoy —sin dejar de estudiarla, como nosotros haremos— es considerarla capaz, al ser **libertaria,** de poner en acción los dinamismos físicos, **sensibles,** psicológicos y mentales para luchar por la supresión de todos los males que unos hombres, con **voluntad** autoritaria, in-**humana,** hacen a la mayoría de sus semejantes y que, al fin, los sufrimos todos: hasta las mismas clases privilegiadas que detentan las riquezas, los beneficiarios del dolor «ajeno» creyendo, torpemente, estar fuera del alcance de las manifestaciones del mismo.

FLOREAL OCAÑA

Un ensayo de Herbert Read

Inédito en castellano

Eric Gill

En la nueva época tormentosa que está encima de nosotros —pues, no hay que equivocarse, nuestros políticos no son quienes nos gobiernan y los financieros que los gobiernan a ellos no son lo suficientemente inteligentes y lo bastante discernidores como para orientar bien al mundo—, los explotadores combatirán hasta el último momento en defensa de sus privilegios, de sus propiedades y de sus poderes, y sólo serán remplazados por los dictadores —fascistas o comunistas, que adoran a los mismos dioses: confort, conveniencia y engrandecimiento material—, y cuyo servicio que hacen a la religión se basa solamente en el principio **religio instrumentum regni**—; repito, que en la nueva época oscurantista, si debe existir algún hombre o mujer que retengan el conocimiento de cómo hacer las cosas y de la habilidad requerida para hacerlas —empleando madera, hierro y piedra para la construcción de cuanto los hombres necesitan—, si deben existir tales personas, estarán en las escuelas de arte de hoy, las que los alimentaron antes, y así salvarán del olvido a las artes y a las ciencias de los hombres.

Work and Property (Trabajo y Propiedad).

ERIC GIL

∴

Sabe dios, cuánto admiro sus trabajos (1) y gozo con su amistad. Pero no puedo dejar de pensar, no puedo sencillamente dejar de pensar que mejor prefiero a un albañil o a un horticultor que hacen sus respectivos trabajos a la perfección que sus bellas artes que bien podría irse al diablo (si fuese necesario); en vez de tener unas florecientes bellas artes, mientras siguieran siendo la albañilería y la horticultura trabajos de meros esclavos. ¿Cómo pueden las orquídeas florecer si no crecen las margaritas? ¿Cómo pueden las margaritas crecer imperando, como impera, el dinero?

Autobiografía.

ERIC GILL

(1) Los amigos artistas de Gill. — *H. R.*

UNOS pocos días antes de que muriera, Eric Gill me escribió una carta sobre mi pamfleto **The Filosophy of Anarchism** La Filosofía del Anarquismo), en la cual decía : « Encuentro difícil descubrir algo con lo cual no esté de acuerdo, a pesar de la apariencia de lo contrario, me encuentro realmente en completo acuerdo con usted (2) acerca de la necesidad del anarquismo, su última verdad y su inmediata practicabilidad en el sindicalismo ».

Cualquier duda que hubiese tenido en revelar esta opinión privadamente expresada, fue disipada cuando leí la **Autobiografía** de Gill. En este sincero y noble libro, hace saber casi bien claro que era fundamentalmente un anarquista — que era una de esas tantas personas que son anarquistas en el pensamiento, aunque aún no en el nombre —. Esto era ya obvio en un ensayo sobre « Propietarismo e Industrialismo », que apareció en su libro **Sacred and Secular** (Lo Sagrado y lo Profano), un ensayo que siempre quisiera recomendar a las personas que desean una primera introducción a los principios del anarquismo. Pero es en su autobiografía en donde Gill hace ver, no sólo cómo se consideró un anarquista, sino también cómo, con una integridad que debo expresar era en verdad aleccionadora, se las arregló para vivir como un anarquista. Debido a que era un artesano excepcionalmente talentuoso se encontraba, tal vez, en una posición excepcionalmente favorable : había podido apartarse del tráfago capitalista y podía vivir más o menos en donde quería y como quería. Pero semejante libertad para él no significaba « escapismo » : no se retiró a la Costa Azul (3) o a California, sino que se quedó en los lugares que, como nos habría dicho, dios lo había llamado (4). Para los que tuvieron el privilegio de conocerlo, su ejemplo era una inspiración, su hogar una luz amistosa en la oscuridad. « Lo que espero haber hecho sobre todas las cosas es haber reintegrado techo y manutención, la pequeña granja y el taller, el hogar y la escuela, la tierra y el cielo ». Así escribe hacia el fin de su autobiografía. Toda su vida fue orientada hacia semejante « reintegración », y es su vida, y la filosofía en la cual está basada, la que durará aún más que su arte.

(2) En inglés raramente se emplea el tú. — *Trad.*

(3) Costa mediterránea de Francia, que se extiende de Tolón a Mentón. — *Trad.*

(4) Podría considerarse a Gill como a un « cristiano primitivo ». — *Trad.*

El obituario trata a Eric Gill principalmente como a un artista, pero no es así como pensaba él de sí mismo. Cómo enseña su autobiografía, su vida entera fue una protesta entre la distinción que se hace del artista con el hombre ordinario. En cualquier sociedad decente, diría él, cada hombre es una clase especial de artista — en cuyo caso el término pierde su significado —; pero en la actual sociedad en que vivimos, el hombre que se cree a sí mismo artista es un falso pretendiente de alguna clase — si no se impone a las otras gentes, se impone sobre sí mismo —. Desde los tempranos comienzos de su carrera (5) Gill se determinó a ser honesto consigo mismo, y es esta determinación que da a su libro la sinceridad y el significado de un **Pilgrim's Progress** (6). Al final resume en un párrafo lo que ha sido el motivo de su vida. Las bellas letras, dibujante de tipos de imprenta, grabador, marmolista, pintor; actividades todas que le trajeron la fama, pero que sin embargo eran subproductos de su real actividad, que esa « construirse una celda del buen vivir en el caos de nuestro mundo ». Cada paso de su vida fue orientado hacia este motivo. Dejó la arquitectura y se dedicó a pintar letras, porque esto último le parecía más compatible con un buen camino de vida; dejó Londres y ayudó en la fundación de una comunidad ideal en Ditchling, y cuando la vida en Ditchling se estropeó debido a demasiada publicidad, se fue hacia los lugares poco frecuentados de Gales. Cuando también en Gales la vida se hizo muy difícil, se fue a Buckinghamshire y fundó lo que quería — un cuadrángulo de decente ladrillo inglés como edificio — « el solo modo decente de vivir » —, y allí se quedó hasta que le sorprendió la muerte.

No era solamente su modo de vida lo que estaba determinado por este motivo racional, sino también lo que otras personas hubieran llamado sus opiniones, que eran aspectos de una religión integral, abarcando toda la vida. Se le ha llamado excéntrico, pero en el corriente significado de esta palabra, si algo era, era todo menos un excéntrico. Era un racionalista. Empezó descubriendo que grabar hermosas letras era hacerlas racionalmente — exactamenta lo contrario de hacer « fantasistas » letras — y « esto era la idea, la noción explosiva y, diría uno, el **secreto** ». Habiendo así descubierto una base racional para la grabación de letras, la próxima cosa era descubrir un razonable taller de vida, una razonable vida para los trabajadores. Esto lo condujo, en primera instancia, al socialismo, pero no al socialismo de los políticos y de los burócratas. El socialismo como movimiento político es, lo descubrió pronto, « apenas algo más que un ensayo para reordenar la distribución de los productos de las fábricas y de los beneficios de las mismas ». No atacaba al daño en su raíz — el deseo por el dinero —, y en él no podía haber esperanza para la implantación de una buena vida o de un buen trabajo « hasta que las dobles entradas de los libros de cuentas sean abandonadas por todos los comercios de producción y de distribución ». Se volvió claro para él que « el odioso mundo del hombre de negocios y sus odiosas crueldades nunca serán abolidas por quienes se aprovechan de ellas ». Y así, gradualmente, abandonó todas las esperanzas de reformas por medios parlamentarios. Empezó a darse cuenta de que el daño esencial surgía en alguna parte de la esfera religiosa. Si los hombres eran realmente conscientes de dios, entonces todos esos daños no podrían existir. Para un hombre consciente de dios sería « incomparablemente más horrible que los hombres de negocios nos gobiernen y nos impongan sus pueriles puntos de vista sobre el mundo, que si toda la raza de los hombres y de las mujeres deberían pudrir sus cuerpos con lascivia y embriaguez ». Por lo tanto Gill retornó hacia la adoración de dios, y su racionalismo lo guió hacia la sola iglesia que le parecía ser universal. Sus dificultades no terminaron aquí, pues una vez dentro de la Iglesia se volvió un agudo crítico de la timidez y de la hipocresía de sus feligreses cristianos. Había honrosas excepciones: « Los mismos Papas han condenado al capitalismo moderno y mucha parte del clero ha seguido su ejemplo. Pero los cristianos en general, incluyendo a la gran mayoría de los católicos, notoriamente casi no han seguido al Papa en este asunto » (7).

« Mi socialismo — escribía Gill —, fue desde el principio una rebelión contra la degradación intelectual de los trabajadores de las fábricas y la condenada fealdad de todos los productos del capitalismo industrialista, y no era primariamente una rebeldía contra la crueldad e injusticia de las clases poseedoras o contra la miseria de los pobres. No era la **clase** trabajadora lo que a la sazón me preocupaba tanto como el **hombre** trabajador, no tanto lo que **ganaba** 'trabajando como lo que **era** trabajando » (8).

(5) Entiéndase en este caso « modo ideológico de pensar y de vivir ». — *Trad.*

(6) Refugiados en Holanda debido a las persecuciones religiosas de Inglaterra, los « padres peregrinos » equiparon un pequeño velero, el *Mayflower* (Flor de Mayo), y pusieron rumbo al Nuevo Mundo, desembarcando en el Cabo Cod en 1620, en donde fundaron la primera colonia inglesa de lo que más tarde fue la Nueva Inglaterra. — *Trad.*

(7) Ignoramos qué Papa fue el que condenó, en teoría, al capitalismo. Pero sabemos que si la Iglesia católica perdura hoy, es debido, principalmente, a ser una potencia financiera de primer orden. — *Trad.*

(8) En toda la filosofía social de Gill hay una equivocación en el empleo de la palabra « trabajo ». « Ha sido el peculiar hecho del siglo diecinueve », escribió en *Art and a Changing Civilization* (El Arte y la Civilización Cambiante), « el separar, en pensamiento y en práctica, la idea del trabajo de la idea del arte, la actividad del « trabajador » de la activi-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Esto enseña la temprana dirección de las ideas sociales de Gill : era lo que he estado acostumbrado a llamar un individualista, pero en la carta antes mencionada, añadía :

« Me parece que sería bueno si usted distinguiese entre el **individuo,** como formando parte de la unidad o del grupo de naturaleza animada o inanimada, y la **persona.** Es una doctrina primaria de la cristiandad la de que los hombres son personas únicas. Son como personas que son únicas, pues como individuos no podrían serlo ».

Es una distinción que acepto; es, naturalmente, una distinción fundamental para el anarquismo y la razón básica de nuestro rechazo de todas las formas del colectivismo y del capitalismo de Estado. Cuando Gill por primera vez entró en el movimiento socialista, a través de la Sociedad Fabiana, encontró que nadie respetaba esta distinción — el movimiento socialista no estaba movido o conducido, y menos se podría decir inspirado, por alguna idea sobre el hombre o sobre la vida del hombre o sobre el trabajo del hombre; salvo las que el mismo mundo capitalista tenía, contra cuyas injusticias y crueldades estaba en rebeldía... Socialismo como movimiento político apenas si es algo más que un intento para reordenar la distribución de los productos de las fábricas y los beneficios que estas mismas tienen.

Gill entonces concluyó que « ninguna mera reforma política o económica del mundo sería efectiva para remover semejantes horrores » — los horrores de la sociedad capitalista —. El remedio, pensaba, debía residir en la esfera de la religión y de la moral. La raíz del mal social era un mal moral — el deseo del dinero — y para Gill era elemental que todos los cristianos deberían condenar a este mal, o dejar, en caso contrario, de ser seguidores de Cristo. Resolvió poner en claro lo concerniente a la política y a los políticos : no podía creer que los arreglos políticos eran reales. Para él todo eso era un negocio confuso de turbulentos y fraudulentos — « pretendidos camorreros e intrigantes deshonestos del comercio, sin relación alguna con los reales intereses de los pueblos, ni sobre su bienestar material o espiritual, y que no son conducidos por otros principios que por los del momentáneo interés propio ».

En el sentido de Gill el mundo de los anarquistas está resuelto a mantenerse al margen de la política. Pero la política en otro sentido — la política de la prédica y de la propaganda, del pensamiento y del trabajo, la política que ensaya el hacer « una celda del buen vivir en el caos de nuestro mundo » —, hacia tales políticas debemos dedicarnos nosotros mismos, y esas eran las políticas que Gill practicaba con mayor resultado de lo que él mismo pensaba. Pertenecía a aquella rara compañía de socialistas integrales, cuyas vidas son la consecuencia de su socialismo, y su socialismo la consecuencia de sus vidas.

Esa rara compañía consiste en todas las gentes para las cuales es evidente que los males de lo que se llama totalitarismo — el mismo mal también se llama nacionalsocialismo, fascismo y bolchevismo —, pueden ser evitados o terminados por un cambio del corazón. Y « cambio del corazón » es una frase muy educada para lo que debe ser una revolución mental y espiritual de la humanidad. Es natural que las personas que son cristianas honestas, como Eric Gill, miren a la Iglesia como el agente apropiado para la reforma espiritual. Opinan lo mismo la mayoría de las personas con las cuales discuto estas cuestiones fundamentales, y cuanto más sinceras son, más se ven inclinadas a pedir a la Iglesia una nueva reforma.

CRISTIANDAD E IGLESIAS SON INCOMPATIBLES

En lo fundamental estoy de acuerdo con tales personas : se necesita un cambio de corazón. Pero no estoy ya de acuerdo al no creer en una segunda reforma que permitiría a la Iglesia cristiana el volverse el efectivo agente de un cambio así. Consideremos lo que ello im-

---

ded del « artista », y hacer del artista una persona especial removida y exaltada del común montón de los seres, una especie de sacerdote, un experto en el misterio, un misterio no de artesanía o de sindicalismo, sino de espiritual lejanía ». Pero hay un sentido en el cual la idea de trabajo debe ser separada de la idea del arte. El trabajo es realmente de dos distintas clases. El niño que dijo: « Primero pienso y luego dibujo lo que pienso » fue más sabio de lo que percibe Gill; porque el niño primero pensó, primero « prefiguró » la cosa que debería luego dibujar. El fabricante de moldes comunes de arquitectura, o también de ladrillos comunes, no hay duda de que tiene una imagen del ladrillo en su mente antes de que empiece a moldear dicho ladrillo, pero no sería justo dignificar esta imagen con el nombre de pensamiento, ni el molde del ladrillo (por muy bien hecho que esté), con el nombre de arte. Naturalmente, atender una máquina que fabrica ladrillos es seguramente una tarea que demanda más inteligencia y aun más « arte » que hacer ladrillos a mano. Este trabajo, y naturalmente la mayor parte de todos los trabajos, es mejor hecho por las máquinas. Lo que la máquina no puede hacer es la parte « pensante », cierta facultad que los alemanes llaman *Gestaltungsfaehigkeit*, pero que nosotros, careciendo de una sola palabra, podríamos llamar la facultad plástica de configuración, o habilidad en « pensar » con imágenes plásticas. No es ésta una facultad normal, pero sí lo es de esos anormales que llamamos artistas. Al menos que nos pongamos de acuerdo en este punto, nunca nos pondremos de acuerdo en los otros más apremiantes problemas conectados con el arte del siglo veinte — el lugar del artista en la era de las máquinas —. Debido a que esta filosofía no vio función alguna para el artista en la época de las máquinas, Gill como Gandhi, fue obligado a renunciar a toda la base de la moderna civilización. Puede haber otros terrenos en los cuales rechazar a la máquina — terrenos económicos, por ejemplo —, pero se me aparece a mí bastante claro que la máquina necesariamente no excluye al artista. — *H. R.*

plicaría : primero, la reunión de las Iglesias, pues sin unidad no puede haber efectiva acción en escala universal. Segundo, el abandono de todo poder mundial y una completa identidad con la causa de los pobres y de los oprimidos. Tercero, el abandono de los dogmas medievales a los que se aferran aún la mayoría de las Iglesias y la adopción de una nueva moralidad más de acuerdo con los cambios permanentes que tres siglos de descubrimiento científico han influido sobre los conceptos del universo y del destino humano. Estas son solamente tres cosas esenciales de la nueva reforma, pero no pienso indebidamente pesimista si las considero como dificultades insuperables. Antes de que dichas dificultades pudieran resolverse, la estructura de las Iglesias que nosotros conocemos deberían ser por completo cambiadas. No digo que el concepto de la cristiandad debería ser cambiado; naturalmente, estoy diciendo que la religión del amor y de la hermandad, debe proseguir aún su curso revolucionario en la historia. Pero es obvio — y ésta era también la conclusión final del más moderno de los cristianos, Soren Kierkegaard —, que antes de que la cristiandad se vuelva una religión de amor y de hermandad, las Iglesias, cual nosotros las conocemos ahora, deberán desaparecer. En una palabra, cristiandad e Iglesias son incompatibles.

Hay poca probabilidad en que el mundo ha de salvarse mediante el retorno de los heréticos a la Iglesia. Como una celda del buen vivir, simplemente la Iglesia no existe, y ello debido a que no puedo ver una salvación en su dirección, y que no puede poner su fe en su cambio de corazón que en su esencia es secular o pagano. Tal vez en alguna época distinta, el cristianismo y el anarquismo marcharán de nuevo a la par (9), como lo fueron en los primeros días de la Iglesia. Se dirá que tal suposición hace del anarquismo una contingencia tan remota como una comunidad cristiana. Estoy de acuerdo. Ambos son ideales, y ambos en este sentido no son realizaciones inmediatas. Se trata de la elección entre un ideal que es teísta y con un fondo sobrenatural, y otro ideal que es humanista y con un fondo de razón y de leyes naturales (10). En el presente estado de opinión, muchas personas se encontrarán o podrán ser encontradas, siguiendo a la naturaleza (y a todo lo que esta palabra implica) en vez de seguir a dios (y a todo lo que esta otra palabra implica). Que fundamentalmente implican idéntico fin, es el solo dogma que fundamentalmente encuentro necesario aceptar.

(9) Iglesia (ecclesia, asamblea). Algunos autores — de ello es un ejemplo más Nettlau —, incluyen como precursores del anarquismo a los cristianos primitivos. — *Trad.*

(10) Se refiere aquí H. Read a las leyes escritas y no a los derechos naturales y derechos artificiales de que habla Max Nettlau en « La Anarquía a través de los tiempos ». — *Trad.*

Seguir a la naturaleza es una frase vaga que necesita más definición, aunque su significado es relativamente sencillo. La más comunmente clase de asociación que la palabra tiene es probablemente « la roja naturaleza de los dientes y las garras » que se encuentra balanceada por una frase más optimista, « las bellezas de la naturaleza » por la cual, de todos modos, se entiende algo esencialmente silvestre y no cultivado. Pero no son éstos los significados que nosotros damos a la naturaleza en la frase « las leyes de la naturaleza » y es a la naturaleza en sus sentidos biológico y científico a la que yo aquí me refiero. Pues subyacente a la aparente confusión de la naturaleza, a su exuberancia y a los violentos cambios que se suceden sobre su faz como una fiebre, existen ciertas leyes universales — una formal estructura en la materia y una calculable conducta en la energía (11).

Para ilustrar lo que quiero decir, mencionaré una parábola de los escritos del filósofo chino Chuang Tze.

« Cascos tienen los caballos para poder pisar las heladas y la nieve; cerda para protegerlos del viento y del frío. Comen pasto y beben agua, y trotan por los campos. Pues tal es la real naturaleza de los caballos. Mansiones palaciegas nada significan para ellos.

« Un día apareció Poh Loh, diciendo : « Yo entiendo sobre el cuidado de los caballos ».

« Por lo tanto, empezó a marcarlos, clasificarlos, ponerles herraduras, riendas, atándolos por la cabeza, sacudiéndolos por los pies, poniéndolos en establos, con el resultado de que cada diez, morían dos o tres. Luego los hizo pasar hambre y sed, trotar y galopar, domar y recortar, con la miseria de las bridas y el temor del látigo detrás, hasta que murieron la mitad de ellos... Sin embargo, cada época ensalza a Poh Loh por su habilidad en el cuidado de los caballos... Los que gobiernan el imperio cometen la misma equivocación.

« Ahora miro al gobierno del imperio desde otro diferente punto de vista ».

« Las personas poseen ciertos instintos naturales : el tejer y vestirse a sí mismas, el arar y alimentarse a sí mismas. Estos son comunes a toda la humanidad y todo están de acuerdo sobre ellos. Semejantes instintos son llamados « enviados del cielo ».

« Así es que en los días en que prevalecían los instintos naturales, vivían los hombres tranquilos y su contemplación era constante. En aquellos tiempos no existían carreteras en las montañas, ni barcas, ni puentes encima del agua. Todas las cosas se producían, cada una en su propia esfera. Los pájaros y las bestias se multiplicaban, los árboles y los arbus-

(11) « Existe un orden contra el cual vano es luchar. Se debe obedecer a la ley de los mundos que dirigen con la misma mano el rodar de Betelgeuse y el temblor de la semilla de los hombres. Lo social sólo debe ser lo natural ». *Juan Giono* en *Las Verdaderas Riquezas*. — *Trad.*

tos crecían. Los primeros podían ser alcanzados con la mano; podía uno subir en ellos y mirar el nido del cuervo. Pues entonces el hombre vivía con los pájaros y las bestias y toda la creación era una. No había distinciones entre hombres buenos y malos. Siendo todos iguales y sin deseos por el mal, se encontraban en estado de natural integridad, de perfección en la humana existencia.

« Pero cuando aparecieron los sabios, hablando a las gentes sobre el deber de ayudar al vecino, en el mundo la duda encontró su camino. Y entonces con su predilección sobre la música y su deseo de ceremonias, empezó a dividirse el imperio contra él mismo...

» Los caballos vivían en terreno seco, comían pasto y bebían agua. Cuando eso les agradaba, se frotaban juntos los cuellos de unos con los de los otros. Cuando se enojaban, se volvían hacia atrás y se coceaban unos a otros. Y así obraban, como sus disposiciones naturales se lo indicaban. Pero al ponérseles las riendas y los frenos, con un disco de metal en sus frentes, aprendieron a lanzar miradas viciadas, a volver la cabeza, a morder, a resistir, a conseguir la comida con los frenos puestos.

» En los días de Ho Hsu las gentes nada hacían en particular mientras descansaban, y no se encaminaban en particular hacia ningún lugar preestablecido cuando se movían. Teniendo comida, se alegraban; teniendo las panzas llenas, caminaban al azar. Tales eran las capacidades de las gentes. Pero cuando vinieron los sabios para preocuparlos con las ceremonias y la música de manera a rectificar las formas del gobierno, y proclamaban la caridad y el deber hacia el vecino de manera a satisfacer sus corazones, entonces las gentes empezaron a desarrollar un gusto por el conocimiento y a batallar unos contra otros en sus deseos por las ganancias. Este fue el error de los sabios. »

Lo que Chuang Tze opone a todas esas personas que demandan un programa para reformar el mundo, es la doctrina de la inacción. En otras palabras, nosotros deberemos buscar las condiciones naturales de la existencia y esto nos lleva de nuevo a la frase de Gill : « hacer una celda del buen vivir en el caos del mundo ». Sólo una celda, una unidad microscópica en la inmensidad del mundo; pero el mundo está hecho de unidades semejantes, pues de la salud de cada célula o celda depende la salud de la sociedad.

No sugiero que el lector deba emular al místico chino y « sentarse como un cadáver mientras el poder de su dragón se manifiesta alrededor ». Lo que deseo sugerir es que el hombre que adopte él mismo las condiciones naturales de la existencia tendrá un principio por el cual podrá responder a la mayoría de los problemas que plantea la vida. Daré sólo un ejemplo, pero es muy práctico y muy inmediato. Nosotros conocemos la historia general como asociaciones de trabajadores cuyo objeto era luchar por ciertas reformas económicas y sociales. Conocemos cómo lentamente adquirieron derechos políticos y legales y se esparcieron por todo el mundo industrial. Este crecimiento fue una contradicción fortuita y casual que nunca pudo ser resuelta y que, en cualquier tiempo del futuro se volverá la cuestión dominante del día — la de que si los sindicatos deberán organizarse de acuerdo a sus oficios, es decir, que todos los ingenieros, no importa en la industria en que trabajen, deberán pertenecer al mismo sindicato y luchar por los derechos de los ingenieros; o si los sindicatos deberán estar organizados de acuerdo a las industrias, de manera a que los trabajadores dedicados a la producción de un determinado objeto o comodidad deberán pertenecer a un determinado sindicato, y luchar por los derechos de dicha industria. Socialistas y sindiaclistas en el mundo entero, están divididos sobre este punto, que para los anarquistas no existe. El fin debe determinar los medios. Los hombres deben estar unidos por las condiciones naturales del trabajo. Hay poco en común entre las condiciones de un ingeniero de los astilleros de Glasgow y un ingeniero de las fábricas de motores de Oxford. Pero el ingeniero del astillero está en contacto cotidiano con el carpintero y los peones y otros cientos de personas ocupadas en la tarea común : la construcción de un barco. Trabajan juntos y viven juntos, y juntos deberían tener la libertad de crear aquellas condiciones de trabajo que hacen una celda del buen vivir en el caos del mundo. Urge así el anarquista de sindicatos industriales y colectividades regionales, sintiéndose cierto de que su creación llevará al mundo un paso más cerca de la perfección de las leyes naturales.

El anarquismo, por lo tanto, es una filosofía, no un sistema de política; pero una vez que sus principios han sido aceptados, pueden ser aplicados en no importa qué punto. No confía el anarquismo en planes, que son construcciones racionales que tienden a dejar de lado los factores imponderables y elusivos de los sentimientos e instintos humanos. Sólo hay un plan, el plan de la naturaleza. Debemos vivir de acuerdo con las leyes naturales, y con la virtud y el poder que proceden de concentrar en su manifestación la individual mente humana. El anarquismo aserta — y es éste su solo aserto — que la vida debe de estar de tal modo ordenada para que el individuo pueda vivir una vida natural « de acuerdo con lo que tenemos adentro ». Pero una vez que empezamos a trabajar en las implicaciones de este principio, no acabaremos hasta que hayamos abolido el Estado. Pues si las personas debieran vivir mediante las leyes naturales, habría poca o ninguna necesidad de leyes artificiales, y ninguna necesidad por cierto de la complicada maquinaria del gobierno forjador de tales leyes.

HERBERT READ

¿HACIA UNA SOCIOLOGIA HUMANITARIA?

La personalidad de contenido ácrata

SI por vías de examen, al través de estudios buscáramos norte para una sólida formación moral, hallaríamos en Gouyau la síntesis más perfecta de lo que hoy se conoce. Ciertamente que toda su producción filosófica es de una ética nada común, pero en la « Educación y la Herencia » palpitan los factores de influencia más sana para la formación del individuo de amplios atributos sociales. Al fin y al cabo, no otra finalidad es la que persigue la filosofía ácrata.

Desde un plano de apreciación dogmática, que es como generalmente se valoran las personas y las condiciones sociales, « El Apoyo Mutuo », de Kropotkine, podría elevarse a categoría de « catecismo moral ». La conclusión no es recomendable; se trata de un estudio científico, donde tienen acto de presencia pruebas irrebatibles, no de elucubraciones religiosas. Por lo demás, tampoco sería aceptado por ninguna persona de conocimiento y conciencia ácrata. Descartada la interferencia religiosa, incompatible con el filósofo francés y científico revolucionario ruso, ¿hay diferencia de meta entre éstos?

Uno por vías científicas, otro por vías filosóficas, ambos se encaminan a la síntesis de una personalidad dotada de las mejores condiciones para la relación humana. Con métodos diferentes, no opuestos, hay un punto de convergencia, donde la dicha del hombre es el todo. ¿A qué fondo ético reponden esas preocupaciones? Ninguna gira en torno a específicos matices políticos; se concretan a valorizar al hombre, a remontar su felicidad, a hacer común el patrimonio de lo más bello que la vida pueda conquistar.

Llegar a esa meta implica una gran tarea; ha de imprimirse en el ser humano una modificación fundamental, preferentemente en sus condiciones éticas. Si la metodología autoritaria no puede lograr otro fruto social que el que conocemos y sufrimos, ¿qué recursos aplicables quedan al hombre para gozar del mundo comunitario previsto por algunos moralistas? El diálogo permanece abierto entre interpretaciones muy variadas y opuestas; la conciencia ácrata debe intervenir a fondo.

La personalidad de contenido ácrata no es el signo exterior y ocasional de la conducta. Su solidez, resumen de una formación siempre encaminada hacia lo superior, le hace invariable ante circunstancias diferentes. Sólida y madura, esa persona de amplia conciencia social, tiene prevista la potencia y finalidad de cada condición y acontecimiento; por lo cual, sin alterar su fondo, sin negarse, sigue la línea de afirmaciones edificantes.

Las necesidades del hombre no siempre son comprendidas por la generalidad de sus semejantes; la disparidad de intereses impone divergencia de apreciaciones. El ascenso de la persona, por vías de superioridad moral, supone, también, una renuncia permanente a lo que no satisface las necesidades selesctas; la variación de estimulantes, sanos y naturales, se siente cada vez más intensamente. El contacto personal con el arte, con la literatura, con la ciencia, con todos los elementos que fortalecen el espíritu, amplían la inteligencia e intensifican los goces, reclaman cambios donde el individuo de vibración ácrata anhela situarse. Tales necesidades dan, a la persona que las patrocina, vida más intensa, más fértil y fraternal.

No creemos haya nadie, de condición ética superior al nivel medio, que no haya sentido deseo de ausentarse, aunque provisionalmente, de determinado ambiente o contacto personal. ¿Caso patológico? Opinamos que no. Lo que sí puede asegurarse es, que la persona, cuanto mayor es su contenido ácrata, es más humana, más social, más comunicativa, más dispuesta a la relación y a la colaboración.

Desde el punto de vista de lo previsto por el pensamiento libertario, teniendo en cuenta su ética y su finalidad, no hay nadie íntegramente ácrata. El contenido de este valor es relativo; sin que se anule completamente, en una persona puede variar con la edad, con el medio social o natural. La vida del hombre es episódica, y siempre dispuesta, aunque se disponga de capacidad previsora, a influencias que no pocas veces son de potencia superior a la naturaleza humana.

La falta de penetración y de potencia analítica, conduce, alguna que otra vez, a conclusiones falsas. Dominados un tanto por fuerzas ilusorias, hemos querido aquilatar el individuo ácrata por su dotación intelectual más que por sus cualidades éticas. De ahí los desenlaces que luego se miran con extrañeza. La inteligencia es seductora, porque en sí lleva no poco de teatral y demagógico; la ética, y más que ninguna la ética ácrata es silenciosa, modesta, constructora y firme.

En aras a una definición saludable, a una postura pulcra, el hombre y la colectividad ácrata tendrán que modificar sus apreciaciones actuales. El clamor que se exhibe como representación general del pensamiento libertario es excesivamente superficial; no cala muy hondo en todos los que lo promueven; carece de fon-

do y consistencia; no tiene orientación bien definida. Más que encaminado a la formación del hombre libre y consciente, a levantar esa capacidad y voluntad de temple renovador, tiende a regimentar las conciencias. Observando los vaticinios, conductas y pretensione se constata que las pequeñas colectividades de pensamiento que se creen impulsoras viven ancladas en un mar de autoritarismos. En esa confusión, la persona de contenido ácrata no se hace visible, no prevalecen su fisonomía y cualidades. No se quiere comprender que el anarquismo, antes que núcleo afín, antes que régimen, ha de ser formación y conducta personal.

Las tendencias naturales de todo individuo que eleva su valor moral conducen a un fin ácrata; a cualquier paso que se vaya, lento o acelerado, en esa dirección, la persona que camina se forma una conciencia más amplia y fina, una selecta relación social, una personalidad que disiente de todo lo que es incompatible con el anarquismo. Es ello lo que origina, amplía y fortalece, una trabazón de cualidades personales, con la venturosa misión de velar, cada uno, por la seguridad social de los demás.

Desde el momento que de tal manera se practica la vida, queda establecida esa sociología del entendimiento y de los sentimientos. Es entonces cuando se construye socialmente sobre dos potencias angulares que responden al principio y a los métodos ácratas. Eleva y adquiere fisonomía y contornos propios, la realidad ácrata porque se vale de sus propias cualidades, de sus propios medios éticos e intelectuales, de valores específicamente suyos. Del mismo modo que cualquier principio autoritario, velando por su existencia rechaza todo método ácrata, el pensamiento anarquista deberá rechazar, si le interesa la prosperidad de su ideal, toda práctica o interferencia autoritaria.

Curtidos en el dolor de cruentas represiones, muchos longevos honraron el ideal ácrata hasta el pie de la sepultura. Había en ellos solidez moral y mental. Recias personalidades, conciencias de vibración anárquica, inteligencias luminosas y bienhechoras, no zozobraron en ninguna de las grandes tempestades que tuvieron que afrontar. En la lucha, en el dolor impuesto por las adversidades, hallaron sus alegrías, sus más intensos placeres, sabiéndose servidores de la Humanidad. Se elevaron a egregios de un pensamiento que, si por sus particulares bondades remontaron e hicieron atractivo, nadie tiene derecho a rebajarlo ni a hacerlo objeto de repudio. A quienes pensamos y sentimos anárquicamente, esa heraldía de nuestro pensamiento social debe admirarnos, enorgullecernos; no debemos permitir que nadie adultere su personalidad y su valor.

No todos los que en su seno palpitan sentimientos libertarios pueden escalar esas cumbres de reconocimiento. Son privilegios de bondad e inteligencia, ejemplos y estímulos para los deseosos de superación, valores de compenetración en el campo de individualidades que se afanan por remontar las virtudes humanas. ¿Deben ser los únicos «titulares al don ácrata »?. No; sin esa riqueza de cualidades extraordinarias, también puede gozarse de una personalidad libertaria, lo que vale y lo que cuenta como efectivo, es la norma de vida que da autenticidad, que define a la persona como representante de la idea.

La vida social presente aún evidencia muchos complejos de utilidad personal; las profesiones ideológicas, de carácter individual, adolecen de poca solidez algunas veces. No todos los que se llaman ácratas han pensado bien la responsabilidad que ello implica. Motivos existen para que surja la suspicacia, en situaciones donde la conducta no es compatible con el verbo. Ese sentimiento, que se hace desagradable cuando interviene con frecuencia prevé los seguros, o probables resultados negativos en las personas de conducta sinuosa. La bondad, al practicarse, debe tener un límite y efectivas aplicaciones; la inteligencia, interna de la vida, debe prever y evitar las repercusiones onerosas a los idealistas y al ideal.

Para el ideal ácrata, bello, luminoso, justo, el material edificante es el hombre. No se puede confiar en otra potencia; al hombre hay que dirigirse, con él hay que contar. Y si cierto es que en el individuo laten fuerzas en pugna, tendenciosas del bien y del mal que se lo disputan, aplíquese el cultivo que puede dar realce y potencia al bien.

«¿Queréis una sociedad sincera — « La coacción Moral », de R. Mella, página 50 — honrada, virtuosa? Pues haced que los individuos sean virtuosos ,honrados, sinceros. ¿Queréis a los individuos con cualidades? Pues haced que las condiciones de la vida social sean para todos garantía de paz, de trabajo libre, de igualdad económica, de satisfacción de las necesidades. Cada hombre es el producto de su organismo si se le considera aisladamente; si se le juzga en sociedad es el producto artificial, pero necesario, del medio en que vive; es un mucho él mismo; otro mucho los demás. Cambiad el medio en que la maldad nos moldea a todos, y todo cambiará ».

Ninguna objeción puede hacerse a Mella desde el punto de vista libertario. Sencillo, pero certero. Con los hábitos de lo contemporáneo, de eso que niega al individuo la facultad de elevarse y libertarse, sólo puede lograrse prolongar la vida tal como la soportamos. De la personalidad ácrata, de la inspiración libertaria, surge una nueva vida, una nueva sociología real que avanza y se generaliza. Con cuidado, con atención y esmero, el hombre puede fecundar los factores de su preferencia. Pero siendo sincero consigo mismo. Si no es así, si se engaña y engaña a sus semejantes, a los calificados como « afines », no hay solidez moral, no hay personalidad de contenido ácrata.

SEVERINO CAMPOS

Del «homo faber» al hombre artista

¿PARA qué sirve el arte? ¿Para qué sirve el pan de todos los días? ¡Para vivir, por cierto!

O como sucede, por desgracia, con la mayoría de los seres humanos, para **sobre**vivir. Y el arte, el verdadero arte, liberado de las inhibiciones de la rutina y del fetichismo de las formas parasitarias, del academismo senil, de las tradiciones —el arte independiente que expresa los anhelos creadores, sin las metas engañosas del «éxito», sin someterse a la ignominiosa tiranía de los mercaderes y de los dispensadores de honores—, este arte sirve, como el pan de todos los días, para acrecentar el tesoro milenario de la cultura. Sirve para enaltecer la humilde existencia cotidiana, desde las tareas del trabajo utilitario, hacia las cumbres de las armonías terrestres y cósmicas. El arte sirve, pues, para la superación de lo que se llama la «condición humana» (que no está sometida a determinismos o «fatalidades» invencibles) ayudando al hombre a descubrir y coordinar las potencias de su cerebro y de su corazón; a conocerse a sí mismo a través de obras estéticas; a realizar finalmente los ideales de belleza, de gracia y felicidad **en su propia vida,** en su realidad física y espiritual. En algunas palabras: el arte sirve para convertir el ser humano, con su mundo interior, psíquico y mental, en una obra de arte viviente.

⁂

El punto de partida en el debate sobre el arte es éste: el carácter biológico de la estética. Así se puede llegar de la biología a la estética, y dar a la estética los elementos para su desarrollo progresivo de una generación a otra, de un pueblo a otro, de una época histórica a otra. Si unos creen que las artes tienen como impulso el deseo de evasión de la penosa existencia cotidiana y, como finalidad, la creación de nuevas formas superiores de vida, ellos no deben olvidar que tanto el impulso como la finalidad de las artes están íntimamente, orgánicamente vinculados con la realidad biológica del hombre y con el medio natural y social en el cual se manifiesta su existencia efímera. Hablando de las artes, no podemos ignorar los sentidos que sirven a las correlaciones del hombre con su ambiente: el tacto, el oído, la vista. Esto es tan evidente, que parece inútil insistir. Algunos investigadores de los sentidos (o instintos)humanos han consagrado volúmenes a este propósito, facilitando mucho más que los teóricos de la estética «abstracta» el conocimiento de los secretos de las artes.

⁂

Una creación de arte no depende del gusto del público, de ciertos críticos, de ciertos dogmas políticos o éticos, sino de la realidad personal del creador. Este obedece a su propia naturaleza. Las manzanas no son influídas por el «gusto» del consumidor. Son agrias o dulces, según el árbol en el cual crecen (el arboricultor objetaría que el árbol puede ser injertado, pero eso no modifica el fondo de la cuestión) y el consumidor elige las que le gustan. Muchos prefieren las agrias. Quien se deja, siempre influído por el gusto del público y por las normas oficiales, no es y no puede ser un creador de arte. Pues el arte —aunque sus formas son individuales— es la expresión superior (o simbólica) de las realidades de la vida, y no de los caprichos de la moda o de los intereses y artificios de los privilegiados.

⁂

Comprendo el sentido idealista de la torre de marfil de las estetas puritanos. Prefiero, sin, embargo, la torre **viva,** abierta a todos los soplos del mundo, a todos los gritos del dolor y alegría de la humanidad. El artista debe ser una individualidad creadora, sin olvidar los vínculos que le unen al «organismo de la humanidad», de la que él no es más que una célula. Una célula más noble, pero que no puede aislarse completamente sin agotar sus fuentes interiores, sus fuerzas de plasmación y renovación...

¡Más belleza! Pero también más sentido de humanidad, porque eso constituye la base de todo progreso. El artista —de la palabra, de la plástica, del escenario, del pensamiento— debe ser hombre, lo más integral posible; debe ser el primero entre los hombres (no **primus inter pares**) penetrando en las realidades terrestres y universales, uniéndose con su esencia. El artista-hombre es como un árbol que conserva su unidad individual: la del tronco con las raíces prendidas en la materia bruta, pesada y oscura de la tierra, pero anhelando por sus innumerables ramas y hojas hacia los ilimitados reinos, luminosos y etéreos, de los ideales de belleza, amor y libertad creadora.

⁂

El arte tiene en sí mismo, es decir en sus creadores, la razón de ser, sus condiciones de expresión y evolución que tiende hacia la perfección, pese a los impedimentos de una sociedad injusta y a los forzados compromisos «morales» y aberraciones en tiempos de guerra, de revoluciones y tiranías triunfantes. La ética —nacional, religiosa, cívica, etc.— ha detenido a veces el ímpetu de las artes, pero éstas han recobrado más tarde o más temprano su libertad genuina. El arte verdadero no tiene capillas, celdas, tertulias. Su universalidad es la primera condición de su desenvolvimiento. El arte es, en el fondo, unitario: el color, las formas, los detalles son como la variedad de las flores armonizadas en un gran jardín. El nacionalismo en el arte parece más bien una mera etiqueta de pro-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

cedencia. Los grandes designios de la especie, los elementos del alma y la razón —en el incesante flujo y reflujo del misterio y el conocimiento, de la vida y la muerte— constituyen la herencia común e imperecedera de todos los siglos, de todos los países y continentes. Los nacional —mejor dicho: lo telúrico y étnico— puede diversificar y acentuar, con los dones específicos de una colectividad o una región, la belleza de las obras de arte, que nunca está separada de la «ética», la «tendencia», la «utilidad» o como sea que llamemos su **valor vital.**

⁂

Muchos artistas, críticos y teóricos reconocen que el arte no es independiente del medio social. Estos tratan de hallar relaciones armónicas entre los creadores de arte y las masas, poner el arte al servicio de la cultura general, desarrollando así el sentimiento estético en los pueblos.

No vacilamos en la creencia que el arte —que es a la vez ensueño, pensamiento y acción— volverá a su recto camino, en esta época de confusión y de violencia, en el sentido de una profunda y unánime renovación del hombre mediante la creación estética. Ya lo dije: el individuo debe convertirse —física, intelectual y espiritualmente— en obra de arte. No olvidemos el pasado. Perduran los recuerdos de algunos grandes siglos de realizaciones artísticas. Aparecerá, si la humanidad sobrevive a la «guerra atómica», el genio de nuestro siglo, el Hombre-Artista, no sólo en uno, sino en muchos individuos. El **Homo faber** esclavizado, autómata, **robot** y **golem**, ya existe en millones de ejemplares. Sólo el Hombre-Artista, dueño de sus manos, de su mente y su alma, puede concretar en sí mismo y expresar mediante sus obras estéticas las aspiraciones de esta humanidad tan puesta a pruebas, e implantar, en el incesante correr de la eternidad, el testimonio de una nueva victoria de la creación lúcida, voluntaria y libre.

Eugen RELGIS

TINTA MORADA

ETERNIDAD

— ¿Calló? — pregunta el padre con voz muy tenue. Y la madre responde :

— Sí, para siempre.

La alcoba está muy triste.
La luz muy débil.
Por dentro están llorando,
por fuera llueve.

Manuel Acuña

La alcoba tiene un andrajo de cortina agujereada por donde escapa la luz tenue de la mariposa, en un vidrio desportillado. Y en la sala parpadea la vela embutida en una palmatoria de loza.

Entra el viento por los cristales rotos del ventanal a derribar los objetos inconsistentes y a esparcirlos.

Está gañendo un can.

El marido aparece sentado en un rincón, la cabeza apoyada en los brazos; luego de verter la última lágrima y de acallar su pena adormécese.

Un suspiro hondo sale de la alcoba enfriando la estancia.

Movimiento de llamas de las dos luces sin ganas entrambas de alumbrar.

Quietud.

Silencio.

Situación de ensimismamiento y guirigay de oídos que aturde.

Descorre la madre parte del arambel y permanece rígida en la puerta de la alcoba sin decidirse a dar un paso. Tiene todavía belleza y dolor de espíritu acusado claramente y trágicamente en toda ella.

Otro arambel cubre sus carnes: los pies breves escondidos en las babuchas del marido: la faz, de palidez monjil, escaldada de llorar. Tiene los aladares en desorden y la ofenden. Tiene también miedo de hablar.

Mira hacia el espeso acervo de humanidad en la sombra.

Al dar la una, el gallo de los malos presagios es oído.

Y el can blanco y pintojo que aúlla en la calle. ¿Qué barrunta? ¿Qué barrunta si ya cobró la Muerte?

Hace oscuro denso.

Llueve fino.

Atmóspera de duelo en congelación.

La vela de sebo, gastándose, deja la habitación con el muerto a oscuras.

— ¿Calló? — pregunta el padre con voz muy tenue.

— Sí, para siempre.

La Fatalidad hizo su obra, la Miseria está haciéndola...

Marido y mujer no hablan y se oyen, se miran a oscuras y se ven.

La noche — noche de enero — anda apenas y a penas anda.

...La noche del dolor es eterna, porque dolor es eternidad.

PUYOL

Inéditas al castellano

por MULTATULI

Parábolas de la autoridad

NOTA INTRODUCTIVA

EN esta colección, pequeña de tamaño, pero grandes por el contenido, ofrecemos al público este precioso joyel, que no hay duda que ha de vivir mucho, pero mucho tiempo. Pues las parábolas de la Autoridad pertenecen a lo más hermoso de no importa qué literatura. Alguna vez ocuparán su lugar entre los clásicos. Aunque sencillas cautivarán al lector durante toda su lectura. ¿Quién mejor que Multatuli describió a la autoridad en la segunda de sus parábolas?

Vosmaer, nuestro conocedor literario, cuyos estudios sobre las obras de Multatuli son de lejos superiores a cuanto sobre ellos se ha escrito, las llamaba «hermosas parábolas que no encuentran su igual en nuestra literatura». Así es, si tuviéramos que escoger para la literatura mundial una antología sobre lo mejor que ha producido la mente humana, incuestionablemente incluiríamos a estas Parábolas de la Autoridad.

La característica de un clásico es que nunca fatiga, y no importa cuando volvamos a leerlo, siempre cautiva y atrae. Hemos añadido tres inmortales Narraciones de las «Cartas de Amor», que pueden ser consideradas como secuelas y, al proceder así, ofrecemos un hermoso conjunto en esta colección.

Si esto no cautivara a todos —nada lo hace así totalmente—, como podríamos decir con toda certeza; esperamos, no obstante, que muchos serán los que apreciarán estas brillantes gemas, quienes a su vez permitirán que otros puedan gozar con ellas...

F. Domela Nieuwenhuis

PRIMERA PARABOLA

«HERMANO, tú que eres más alto que yo, ¿puedes alcanzarme la granada que me sonríe con sus labios abiertos, en el verde follaje y entre las flores de fuego, como una moza que parpadea? Mira como su madurez se ha abierto y su rojo flamígero es el borde mismo de la herida que se ha hecho para complacerme. Deseo esa granada, hermano. Tú que eres más alto que yo, agárrala con tus manos para que yo pueda comerla.»

Y así hizo el hermano mayor para qu pudiera comerla su hermano menor.

Y el hermano mayor se adentró por los campos y vio a una cabra de monte descendiendo hacia el valle, buscando a su pequeñuelo.

«¿Viste a mi cabrito?», preguntó al león, «tú que habitas en los llanos y mejor que yo conoces las veredas de los campos nivelados, tan fatigosas para mí, debido a que mis cascos están hendidos».

«Deja a los pequeños ser pequeños... deja a los cabritos ser cabritos», dijo el león», «y apártate o te devoro».

Y así lo hizo el león.

Entonces el hermano mayor preguntó al león:

«¿Por qué te has comido a la cabra que buscaba a su cabrito?»

«Has oído cómo se quejaba sobre la inconveniencia de sus patas», replicó el león. ¿Acaso no tenía derecho de comérmela? Ve cuán convenientes son mis colmillos. Nota la eficiencia de mis demás dientes. Por eso me he comido la cabra.»

El muchacho pensó y miró luego sus brazos, que eran largos, fuertes y firmes. Vio cuán convenientes eran... y resolvió obligar a que su hermano fuera su siervo.

Y cuando este último le pidió de nuevo que le agarrara más frutos, le respondió:

«¡Mira mis brazos! ¿No has dicho que los tuyos no pueden agarrar las granadas? Entonces sé mi siervo o te devoro.»

Y desde aquellos lejanos tiempos el hermano menor sirvió al hermano mayor. Pero siempre le desagradó el descubrimiento por el cual el hermano mayor tuvo que agradecer al león.

Y así ha venido pasando desde entonces.

SEGUNDA PARABOLA

VOLTAIRE dijo: «De no existir Dios, habría que inventarlo.» Ciertamente. Todo poder procede de Dios. Quien quiere poder crea en sí mismo a un dios. Así hicieron Moisés, Confucio, Zoroastro, Numa, Colón, Cortés. Así hicieron todos los conductores de pueblos, adivinos, magos, sacerdotes. Esto se hace aún en nuestros días por todo aquel que quiere reinar. El número de los dioses es tan grande como el número de los deseos. Con cada nuevo deseo nace un nuevo dios.

Insincero (un medicucho de reputación que vendía medicamentos patentados) crea dioses de curanderos desconocidos que ordenan la compra de sus píldoras. «Así hablaba el Señor», decía Moisés, y «el Dr. Fulano de Tal», decía Insincero. Obedece y compra. Y ambos añadían: «para que tu alma no perezca».

Una sirvienta salió con los niños de su amo. Pero, ocurría que los niños eran desobedientes, y se iban tan lejos, que su vigilancia se hizo insuficiente y su cuidado futil.

Entonces ella creó de la «nada» un perro negro, que mordería a todo niño que se alejara de ella. Y los niños tuvieron tanto miedo a dicho perro, que se volvieron muy obedientes y permanecieron cerca de ella. Consultando con su corazón, contempló ella al dios que había creado, y vio que era útil.

Pero los niños se volvieron alocados debido al temor del perro.

Y así ha venido pasando desde entonces.

TERCERA PARABOLA

UN viajero iba cargado con oro y plata. Por miedo a los ladrones iba munido con armas. Además, sus servidores lo seguían en gran número, y eran más numerosos que todos los ladrones reunidos de la comarca. Estaba tan armado y tan bien acompañado que un ejército entero no habría podido arrebatarle las riquezas.

Algunos de los ladrones, desconociendo ésto, lo atacaron; de lo cual se arrepintieron por mucho tiempo los que no fueron muertos inmediatamente.

Un ladrón que se volvió cauteloso debido al fracaso de sus hermanos, consultó a un santo ermitaño que conocía una solución para cada cosa, debido a que había permanecido mucho tiempo solo con una calavera, dos fémures cruzados y una jarra de agua.

«¿Qué debo hacer, ¡oh anciano!, para apoderarme de todos los tesoros del viajero?»

«El remedio es muy sencillo», replicó el devoto ermitaño. «Ponle un lazo corredizo en su cuello, de los que yo tengo, y verás cómo no ofrece resistencia. Ordenará a sus servidores que se inclinen ante ti hasta tocar el polvo del camino con sus frentes, y te dará todo cuanto desees.»

Y ocurrió como dijo el hombre santo. Pero el viajero y sus acompañantes se sintieron muy molestos a causa de ésto.

El lazo corredizo fue llamado «Creencia» y ha mantenido su poder hasta nuestros días.

CUARTA PARABOLA

¡Oh, padre!, dime, ¿por qué el sol no se cae?

El padre se sintió confundido porque no sabía el porqué no cae el sol, y castigó a su hijo al sentirse avergonzado.

El niño temió en lo sucesivo el enojo de su padre y nunca más le preguntó algo, ni por qué el sol no cae, u otras cosas que ansiaba conocer.

El niño nunca creció hasta llegar a ser un hombre, aunque vivió seis mil años... no, muchos más.

Siguió siempre siendo estúpido hasta nuestros días.

QUINTA PARABOLA

«¿Adónde vas, oh Filonios?», preguntó Hudor, su camarada, a quien encontró por las callejas de Atenas.

«Voy de prisa a beber las tres pintas de mal vino, que me están esperando en casa de la más fea de mis tres amantes», replicó Filonios tambaleándose.

Pues estaba ya borracho.

«Ven conmigo, pues me parece que tienes ya bastantes vino, y demasiadas amantes.»

«Tres, Hudor, tres... ¡El Amo ha dicho que tres! Tres... ¡él ha dicho!

«El Amo nada nos ha dicho de vino ni de amantes, vente conmigo...»

«Tres ha dicho... tres.»

Y Filonios se desplomó por tercera vez aquella noche. Pero esta última ya no se pudo levantar.

Y así ha permanecido echado desde aquel lejano día.

SEXTA PARABOLA

¡Por primera vez había nacido un niño! La madre lo miraba extasiada y el padre también lo miraba con profundo amor.

«Pero, Genio, dime, ¿por qué es tan pequeño?», preguntó la madre, y añadió: «En verdad, ni siquiera sé yo mismo si deseo que cambie. Contenta, quisiera que ya fuera un hombre crecido, pero sería una lástima que cambiara mucho, de modo a no poder llevarlo más en mis brazos y alimentarlo.»

«Tu hijo crecerá hasta llegar a ser un hombre», dijo el Genio. Ya no necesitará que lo alimentes. Vendrá un tiempo que no será necesario que lo lleves en tus brazos.

«¡Oh Genio!» exclamó la madre asustada, «¿se marchará mi hijo de mi lado? Si llega a caminar, ¿me dejará para siempre? ¿Qué debo hacer para que mi hijo no me deje cuando pueda caminar?»

«Amarlo», dijo el Genio.

¡Y así fue! ¡Y así siguió siendo por algún tiempo! Pero luego nacieron muchos otros niños. Y fue dificultoso para numerosos padres el amar a tantos niños.

Entonces, alguien inventó una orden para remplazar el amor, como ocurre con todos los mandamientos. Pues es más fácil ofrecer un mandamiento que el ofrendar amor.

¡Honra a tu padre y a tu madre!

Los hijos dejaron a sus padres tan pronto pudieron caminar. Entonces, se añadió a la orden una promesa:

¡Para que todo te salga bien!

Entonces algunos de los niños permanecieron al lado de sus padres. Pero no se quedaron como deseaba la primera madre, cuando preguntó al Genio: «¿Qué debo hacer para que mi hijo no me deje cuando pueda caminar?»

Y así ha seguido sucediendo desde aquel día.

SEPTIMA PARABOLA

Le premier roi fut un soldat heureux ! (1), decía Voltaire; pero no sé si eso es verdad. Puede ser que sea —¡y quien sabe si ello no es más posible!—, que el primer rey fuese uno que conociese bien todo cuando ataña a los ermitaños que conocen lazos corredizos. Pero, en todo caso, la siguiente narración es verídica.

Crates era muy fuerte. Derribaba los parapetos hechos con troncos de árboles con solo empujarlos con su pulgar y con su dedo medio, y podía matar a quince espíritus malos solo con un soplido. Cuando tosía se producía un fuego debido a la compresión del aire, y la luna se estremecía, cuando se imaginaba moverla.

Por todos estos méritos Crates se volvió rey.

Y murió después de haber sido rey por mucho tiempo.

Crates probablemente hubiera tenido que dejar el trono, si una vieja nodriza no hubiera así hablado al pueblo:

«Escúchame, pueblo, pues yo fuí la nodriza del pequeño Crates, cuando era aún más pequeño de lo que es ahora. Cuando nació, su padre untó su cabeza con aceite y ved aquí, que una gota de aceite cayó en el ojo de mi hijo postizo. Es por lo tanto innecesario que derribe muros, y tampoco es necesario que se estremezca la luna, o que produzca incendios al toser, y por lo tanto os digo...»

Pero la elocuente nodriza no tuvo necesidad de terminar. La conclusión era muy fácil de adivinar, y todo el pueblo —los periodistas del diario de la oposición más fuerte que nadie—, gritaron, como un solo hombre:

«¡Viva el ungido del Señor!»

Y Crates mantuvo su lugar en la silla que llamó trono.

Y allí sentado permaneció hasta nuestros días.

OCTAVA PARABOLA

TUGATER ordeñaba las vacas de su padre, y las ordeñaba bien, pues la leche que llevaba a las casas daba más manteca que la que traían sus hermnos. Os diré porque ocurría esto y, por lo tanto, prestad atención. Imaginaos, para que lo sepáis, pues quién si alguna vez tendréis que ordeñar vacas. Pero no os digo todo esto para que ordeñéis como Tugater, sino para que os déis cuenta del ejemplo de sus **hermanos,** que creían obrar mejor ordeñando menos eficientemente. Al menos, más **sensiblemente.**

Antes de que los jóvenes labriegos llegaran a las praderas, sí, mucho antes de aquel tiempo, las vacas se paraban esperando en las porteras para ser descargadas de la abundancia que convenientemente habían preparado para sus terneros. Pero el hombre se comió a dichos terneros, **porque sintieron la eficiencia en lo sucesivo,** y desde entonces hay mucha leche en la ubres.

¿Qué ocurre ahora mientras las vacas esperan con estúpidas caras frente a las porteras? Mientras así permanecen sin movimiento alguno, la parte mejor de la leche, la crema, la manteca flota hacia arriba y se aleja por lo tanto del pezón.

Quien ordeña pacientemente, hasta el fin, trae a las casas leche grasosa. Quien lo hace apresuradamente, deja en la teta toda la crema.

Daos cuenta, pues, que Tugater **no** tenía prisa alguna, mientras que sus hermanos ordeñaban apresuradamente.

Estos últimos proclamaban el derecho a algo mejor que el ordeñar las vacas de su padre. Pero **ella** no pensaba en tal derecho.

«Mi padre me enseñó a disparar flechas con el arco», dijo uno de los hermanos. «Puedo vivir cazando y errando por el mundo y trabajar para mí mismo.»

«A mí me enseño a pescar», dijo otro. «Sería por lo tanto idiota el ordeñar siempre para otro».

«A mí me enseñó a construir un bote», dijo otro de los hermanos. «Puebo cortar un árbol, echarlo al agua y deseo conocer lo que hay en el otro lado del lago.»

El último de los hermanos declaró: «Tengo deseo de vivir con una mujer rubia, para que tenga así mi propia casa con Tugateres en ella para que me ordeñen.»

De este modo cada hermano tenía su **deseo,** una apetencia, algo por ansiar. Y estaban tan ocupados con lo que deseaban que apenas si les quedaba tiempo para ordeñar la crema, que las vacas debían guardar desconsoladas, sin beneficio para nadie.

Mientras tanto Tugater ordeñaba hasta la última gota.

«Padre», finalmente gritaron los hermanos, «nos vamos a **marchar**».

«¿Y quién ordeñará?», preguntó el padre. «Bueno, Tugater lo hará.»

«¿Y qué pasará si también a ella le da por navegar, pescar, cazar o ver el mundo? ¿Qué ocurrirá si le viene la idea de vivir con un rubio o un castaño, de modo a que tenga su propia casa y todo lo que ella implica? Sin vosotros, puedo muy bien pasarme; pero no sin ella... porque la leche que trae a las casas tiene tanta crema.»

A lo que respondieron los hermanos, después de alguna consideración:

«Padre, **¡no le enseñes nada!** No le enseñes a estirar la cuerda para cuando se contraiga dispare la flecha, pues le vendrán ganas de cazar. Que para ella sea un secreto la costumbre que tienen los peces de morder el puntiagudo anzuelo, cuando está cubierto con algún cebo, y así no pensará en echar al agua anzuelos o redes. No le enseñes cómo se ahueca un árbol y no tendrá ganas de cruzar el lago. Y que

(1) En francés en el original : « El primer rey fue un soldado feliz. — *Trad.*

nunca sepa obtener un rubio o un castaño, y así no tendrá su propia casa y todo lo que ello implica. Nunca le enseñes nada de todo esto, padre, y así se quedará contigo. La leche de tus vacas siempre será grasosa. Mientras tanto... padre, déjanos **marcharnos**, cada uno según su deseo.»

Así hablaron los hijos. Pero el padre —que era muy cauteloso—, replicó:

«¿Y quién le impidirá conocer lo que no sabe? ¿Qué pasará si ve la mariposa azul flotar en una ramita? ¿Qué ocurrirá si el hilo de su rueca pulsa a lo lejos el carrete de su telar? Suponeos que está mirando en la orilla de un arroyo, cómo mordisquea el pez a una lombriz arrugada, entre el fondo gredoso y, por sí misma piensa en hacerse un anzuelo con un puntiagudo junco. Y, finalmente, suponeos también que encuentra entre el trébol de mayo a los pequeños nidos de las alondras.

Los hijos reflexionando de nuevo dijeron:

«Padre, nada aprenderá de todo eso. Es demasiado estúpida para crear deseo del conocimiento. Ni siquiera nosotros hubiéramos conocido algo si tú no nos lo hubieras enseñado.»

Pero, el padre volvió a replicar:

«No, sé que ella no es **estúpida.** Me parece que aprenderá por sí mismo lo que vosotros **no** habéis sido capaces de aprender sin mí. Por cierto que si algo hay que no es **Tugater**, es eso de estúpida.»

«Padre, dile que **conocer, comprender** y **desear**... ¡es un pecado para una muchacha!»

Esta vez el cauteloso padre pareció estar de acuerdo. Dejó que sus hijos se fueran hacia sus pescas, cazas, corridas por el mundo, permitiéndoles que se casaran... y todo cuanto **quisieran.**

Pero prohibió a Tugater que **conociera,** que **comprendiera,** que **supiera,** y en su ignorancia continúa ordeñando hasta el fin.

Y así han seguido las cosas hasta nuestros días (2).

---

(2) Esta octava parábola es, probablemente, « las tres inmortales narraciones de las « cartas de amor » a que se refiere el introductor.—***Trad.***

(3) Estas *Parábolas de la Autoridad* han sido traducidas del inglés por V. M. *(The Parables of Authority* por Multatoli — Eduardo Douwes Dekker —, fueron primeramente traducidas del holandés al inglés por Milly Van Rhyn-Jacobs y publicadas en « Free Vistas », 1933, una antología de vida y cartas, editada, publicada e impresa por Joseph Ishill). La presente traducción, que supongo inédita en castellano, ha sido hecha de una edición « de cincuenta ejemplares para distribución privada », realizada por Joseph Ishill, EE. UU., 1963. — *Trad.*

Discurso del hombre libre

V

NO vengo a predicaros la muerte de la ley. Antes bien, a que ella prevalezca. Pero yo hablo de la ley natural, que es la verdadera y debe ser la única. La ley que nace en la necesidad de la convivencia social, aquella que establece las reglas del trato entre los hombres en la libertad y la armonía en todas sus actividades.

Empero, si la ley de la justicia es necesaria, no así la justicia de la ley, que es arbitraria. Porque lo segundo, no es sino una carátula deforme, mentido equilibrio que nunca sanciona arbitrariedades.

De este sentido no queremos ley, porque nos basta la natural que guía nuestros actos de la cual damos fe con ellos mismos.

Yo y los que piensan como yo no queremos ley escrita, porque entendemos que para vivir, los hombres no necesitan de ella en sus relaciones comunes. Antes bien, la ley es trampolín de los que gobiernan; es trampolín de malicia y lazo de opresión. Ella coarta y asfixia, crea privilegios injustos y los perpetúa defendiéndolos.

El libre albedrío tiene su ley que se llama moral, y que representa convenio entre hermanos para las reglas de la vida misma y del trabajo. Cada uno es ley en sí mismo, obrando de acuerdo con los demás en lo que les es común. Entonces, ¿para qué la ley si todo ser que posee uso de razón tiene la ley en sí mismo, y para cada fase social el criterio se identifica con las exigencias de esta fase?

Muestran la ley verdadera en su corazón los seres de buena voluntad, y sólo los de torva intención buscan el recurso y concurso de la ley escrita para dar forma regular a sus concupiscencias y a sus ambiciones de dominio. Y sanción de honra a la esquilmación del prójimo, defendiéndoles en su avaricia, en su malicia, en su latrocinio.

Ni las aves en los aires, ni los peces en los mares, ni los animales de los campos, buscan ni practican ni necesitan ley escrita. ¿Que por qué no tienen uso de razón? ¿Pues cuánto menos el hombre que la tiene necesita de esa ley?

Si el raciocinio sirve para traer desgracias, calamidades y dolor, ¡malhaya el raciocinio! Pero no es así. Porque él nos dispensa con largueza de una tal necesidad. Que lo que se estima justo, justo es sin la ley y antes de la ley. Y aquello que se quiere hacer por y para la comunidad, no necesita de la ley para llevarlo a cabo. Antes bien, la ley escrita viene a traer discordia y trámite dilatorio en lo que concierne a derechos, viene a entorpecer el buen sentido y trae obligaciones de menoscabo.

Se dicta esto harás y esto otro no harás, cuando ya el concierto humano lo practica o, para entorpecer aquello que el privilegio instituído ve caprichosamente como pernicioso a él cuando no es sino deseo de establecer la ley verdadera.

De manera que el pueblo se encuentra hoy debajo de la ley que lo hunde y lo hace siervo, que lo lanza a merced de los príncipes y de los sacerdotes, de los escribas y de los terratenientes, amos arbitrarios de la tierra y de los hombres.

Y ellos dicen : Hombre, es la ley quien lo dicta, y a la ley estás obligado a obedecer y someterte. Pero antes, esos dictaron la ley.

Porque los hacedores de la ley buscan siempre favorecer el privilegio y la fuerza en daño de la gran mayoría del pueblo, yo os digo : Sobre la ley escrita, sea anatema. Y aquellos que la dictan y aquellos que la imponen y aquellos que la inspiran y aquellos que la usan en favor, que reciben el merecido de los hombres de buena voluntad inspirados en la ley moral universal, aquella que viene de la naturaleza, que no es escrita sobre papel, sino surgida del natural, que sabe cómo se hace la armonía artículo de fe de la dignidad humana.

Alguno, embrutecido por las propagandas capciosas, dirá : hombre, sin la ley el gobierno es nulo. Y sin gobierno ,la vida social es imposible.

¡Ah, ciegos de toda ceguedad quienes tales disparates digan! Es precisamente a causa del gobierno que la vida social hoy es imposible Del gobierno que impone la ley de vosotros no se lamenta de una injusticia, de un atropello o de una arbitrariedad? ¿Quién de vosotros no llora o cruje de dientes ante tanta desgracia, ante tanta miseria? Sólo aquel cuyo cerebro está podrido no concibe la vida sin cadenas.

Luego, vosotros, que no os preguntáis la causa de ese mal, de esa miseria, de ese dolor, vosotros tenéis que meditar por mi invitación, cuales son.

Ved al Preter que en nombre de la ley romana y cesárea subyuga y domina, explota y destruye si quiere, vuestro suelo y vuestro pueblo. El dicta, él hace la ley. ¿Cómo la hace? De manera que los derechos de conquista sean intangibles, indiscutibles, aceptados como cosa natural. El juzga, y su juicio y su sentencia irrevocables son, porque vosotros no tenéis otra misión que la de obedecer.

Ved que si no lo acatáis, dice que habéis delinquido. Y a pretexto de la pacificación del pueblo, a pretexto de suprimer desórdenes que, si lo son, lo son en justicia contra el mal, pone ballesta de hierro y mano de centurión sobre las ansias de independencia, de bienestar y de libertad Yo os pregunto : ¿Es justo que un vecino más fuerte se meta en vuestro hogar, desvalije lo que allí tengáis, imponga lo que hayáis de hacer, y recoja aquello que vuestro trabajo ha producido? No. Luego vuestro deber ¿cuál es?

Ved al señor en vuestro propio pueblo que cosecha el fruto de vuestra siembra y laboreo ¿Por qué lo hace? Porque la ley le ampara y le da potestad de amo.

Jehová, dice la Escritura, dictaminó : « Ganarás el pan con el sudor de tu frente. » Pero la ley im-

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

pone que seas sólo tú quien este precepo cumpla. Y los sacerdotes, en nombre de Jehová, se encargan de educarte en sumisión para que así sea hecho. Y los príncipes para imponerlo.

Todos hablan en nombre de la ley, y la ley llena de angustia a los siervos.

Dad al César lo que es del César, se dice; empero, yo os pregunto si habéis examinado eso que del César es. O, más claro : cómo ha sido hecho que es suyo.

Pueblos libres y tranquilos fueron invadidos por la fuerza de la Fuerza, sometiendo a la fuerza de la Razón y del derecho natural y humano. Y el César que mandaba los ejércitos, dijo: esto me pertenece. Haciéndolo legal por la ley que él impuso, articulando la justicia con la forma de un embudo.

Formó la casta de los vencedores y dióles por la ley privilegios ilimitados y carta de señores. Estos señores trasmitieron por herencia, que la ley consagraba, sus privilegios y sus dominios materiales venidos del pillaje, y establecieron derechos sacrosantos porque los pontífices los declararon sagrados.

¿Es pues, del César eso que se dice que de César es?

Sobre la tierra vinieron los hombres, y, después, sobre los hombres, el amo. Primero vino la tribu y después el jefe. Y el mago se confabuló con el jefe en daño de la tribu para vivir sobre ella y a su costa. Lo que quiere decir, que si fuese cosa justa, el amo, es decir, necesaria, éste hubiera venido antes. Lo que no es posible. Luego, los hombres no necesitan del amo. Siendo así, el amo no ha sido formado por ningún dios inventado, ni por la naturaleza, sino por él mismo, por la astucia o por la fuerza, o, por las dos cosas a la vez.

¿En qué se apoya el amo para ser tal? En la ley escrita. Y si eso no basta, en las lanzas empleadas en nombre de la ley. ¿Quién hace la ley y quién ordena a las centurias destruir? Ya os lo he dicho: el gobierno. Ya sean los Césares de Roma o los reyes de Babilonia, ya sean dentro del pueblo los sacerdotes o los escribas, que éstos sean del partido de los fariseos o de los seduceos, todos se apoyan en la ley para ir contra el pueblo, hablando y haciendo la ley en su nombre.

Así que yo os digo : si en verdad no es del César eso que del César es, ¿por qué habéis de dar al César eso que dicen que es del César?

De manera que tenéis que convenir en que la ley es causa de toda desgracia, vertida a torrentes sobre la mayoría de los hombres por otros hombres.

Sé que entre vosotros muchos hay que al escucharme crugirán de dientes y su mirada se volverá torva y en contra mía. Pero tengo que deciros que una vez tuve un sueño, cuando ya la luz había venido a mi entendimiento. Ví a un miserable siervo andrajoso, seco como un sarmiento, que estaba sentado a la orilla de un camino en espera del último suspiro. Moría de hambre, arrojado allí por su amo, a causa de que ya no servía para el trabajo. Me paré ante él y esto me dijo : « ¡Oh, Pablo, no temas, sino habla. Tú eres el trueno de la verdad que nos trae un relámpago de justicia. Haz que el pueblo comprenda y obre, para que no se vea en esta forma que delante de tus ojos tú ves ahora. Continúa el camino que elegido has, porque es el más noble de todos. » Y ese camino sigo. Y he sido lapidado, dejado por muerto, y no he callado. Y he sido metido en prisión por los hebreos y por los romanos, por los que son partidarios del César y por los que se llaman amigos del pueblo; y no he callado. Porque la injusticia al pueblo, es injusticia a mí inferida.

Y he hablado palabras de verdad a los sacerdotes y a los escribas, a los pretores y a los reyes.

Y he contendido con los fariseos y con los seduceos, diciéndoles claro su falsedad, su hipocresía, su mentira. Que buscan y adulan al pueblo para hacerse escribas ellos, con fines concupiscentes y vergonzosos. Que buscan hacer la ley también; y con ella eternizar el privilegio arbitrario, injusto, malo.

Y no callaré mientras mi boca aliente o mientras una injusticia vea sobre la tierra. Y si el pueblo, voluntario aplaude su esclavitud y a los unos o a los otros da potestad para ello, hablaré. Aunque la esperanza fuere pájaro herido de muerte, hablaré.

Porque escrito está : « Haz como el arroyo, que generoso riega la tierra por donde pasa, desde que nace hasta que muere. Y si al desierto va, no es estéril su marcha, porque siempre un viajero lo hallará, siendo satisfecho de su sed. »

Crugir de dientes vosotros, los que no podéis hablar en público a causa de que vuestra maldad sería descubierta. Ensayad de meterme en prisión. El mal que os desee que venga sobre mí.

Os digo lo mismo que al rey Agripa dije cuando estando en prisión vino a discutir conmigo, confesándome al fin que por poco estuve de convertirle a la doctrina que propago. Le dije: «Por poco o por mucho, no solamente tú, más todos los que hoy me oyen fueren hechos tales como yo soy, excepto estas prisiones. »

VI

Amigos y hermanos de la Causa : grande gozo tengo al manifestarme entre vosotros sobre las cosas que nos son gratas, caminos de luz que llevan a un mundo mejor. Con el cerebro y con el corazón os hablo. Y de cierto sé que mi palabra no es hoja de otoño, sino grano que recogéis de grado y que es y será sembrado en todo rincón donde el hombre viva.

No tengáis congoja si la simiente cae sobre piedra a veces. Y si, otras, tempestades despiadadas hacen que sus frutos óptimos en agraz se arrasen, no la tengáis tampoco. Porque el buen grano siempre está dispuesto a repetir su germinación y la gran cosecha vendrá.

No mostréis impaciencia, pesadumbre o cansancio porque ella no es para hoy mismo. Que si la fuerza de las cosas prolonga un vivir tenebroso, esa fuerza misma de las cosas determinará un día que la vida de hoy pase a ser ejemplo de vergüenza en una realidad mejor. No siempre los vientos corren adversos para la nave que por el mar navega.

Empero, yo os digo : la cosecha, hoy y todos los días es hecha. Cosecha de buenos frutos. De ellos, sois vosotros la muestra.

Cuando un hombre se siente transformado y alcanza la Consciencia, la cosecha es gozada.

Cuando un gesto de dignidad se enfrenta en esta hora al monstruo antihumano que se impone, cosecha es del mejor disfrute.

Cuando comunidades de anhelos afines sienten y obran de acuerdo con el espíritu y la letra de la gran transformación, la cosecha es.

Que cosecha resulta tal en el tiempo de ver el fruto maduro y fruto maduro es la luz superadora dentro de un hombre o de una comunidad.

No es, ciertamente, realidad completa, porque el estado de las cosas en las relaciones sociales y humanas es como ella es. Pero contemos como fruto de disfrute parcial y como grano de nueva siembra lo que ya adquirimos.

He aquí, pues, que como grano de nueva siembra puede ser tenido esto que os voy a relatar :

Entre las muchas persecuciones que sobre mí vinieron, ésta de mi relato lo fue por los dirigentes del pueblo hebreo, que buscaron la manera de hallar delito contra mí ante la autoridad romana para que me cayera el castigo de ser ajusticiado en la cruz. Fuí llevado, pues, a causa de delación. al procónsul Félix, ante quien, muchos de los hombres ricos de entre los judíos y con ellos el sumo sacerdote Ananías, acompañado de un tal Tértulo, orador, expusieron sinrazones tendenciosas, encaminadas a conseguir su propósito. Dilatada fue mi prisión por dos años en aquel entonces, y al cabo, Félix, que estaba de la parte de los judíos con interés de favor, fue sustituido por Porcio Festo, el cual se presentó presto con ánimo de liquidar mi asunto. Viendo los judíos que yo podía ser liberado, intercedieron hipócritamente recomendando al gobernados les fuese confiado a ellos para ser llevado a Jerusalén, abrigando la intención de ser yo muerto en el camino. Empero, Festo alegó que estando yo preso en Cesárea, allá deberán ir los que me acusaban, para dar fe y prueba de las culpas a mí imputadas.

Allí fueron; y grandes acusaciones pusieron, pero sin pruebas. Festo fue comprado. Poniéndose de parte de los judíos, me indicó la conveniencia de ir a Jerusalén y ser juzgado allí, cosa a la que yo me negué. Aconteció en éstas, que el rey Agripa llegó a Cesárea. Y yendo a saludar al procónsul Festo, éste le habló de mi caso. Así, manifestando Agripa deseos de tomar mi asunto en sus manos, ante él me presentaron, que me iba a interrogar para hallar delito sobre mis propagandas dichas subversivas. Y me habló así :

« Dicen : ¡Oh, Pablo!, que predicas tú ciertas doctrinas extrañas, de una secta llamada de los cristianos, secta nacida a causa de la propaganda hecha en otro tiempo entre los judíos por un tal Jesús apodado el Bueno, que ejercía el oficio de carpintero en Nazaret.

» Ello no me interesaría ni poco ni mucho si no me hubieran dicho además que tú pretendes demoler la autoridad de los reyes y de los Césares, y que no haya legiones y que no haya patricios. En suma, dícenme, que tú pretendes hacer tabla rasa de todo privilegio, de todo derecho divino o terreno, de toda potestad autoritaria cualquiera que ella sea. ¿Qué hay de cierto ahí? »

Permite, amigo, que te conteste :

Ningún mal quiero para tí personalmente, ¡oh, Agripa! Ni para ningún centurión o legionario ni para ningún general. Tampoco en lo tocante a los hebreos pretendo suplantar ningún sacerdote, ningún juez, ningún escriba. Solamente que yo comprendo la vida entre los humanos de otra forma.

Pienso en un mundo social fraterno, en el que los hombres tengan relación entre sí ayunos de egoísmos y que todos gocen de la vida por igual, solamente diferenciados por condiciones naturales sensibles. Quiero, entonces, que cada uno esté al alcance de cuanto le es grato, en la medida de la posibilidad general.

Pienso que la miseria, la enemistad y el daño causado de unos a otros nacen del egoísmo, en tanto que idea obsesiva de usurpación, que a su vez alimentado y propagado por el sistema colectivo de la vida social que hoy rige a los seres.

Y como yo no selecciono a los hombres entre sirios o judíos, romanos o griegos, egipcios o iberos, sino que sólo como a hombres los veo cualquiera que sea el lugar donde han nacido, pues hago extensivas mis prédicas a todos los lugares de la tierra donde hombres hay.

Ni por su color ni por su proeza de fuerza o de astucia, un hombre resulta superior a otro. Lo es, sí, por su inteligencia, por su bondad, por su integridad de conducta.

Pero es superior yo pienso, ¡oh, Agripa!, no para imponerse sobre los romos de inteligencia o sobre los malos de intención y de hecho, o sobre los abúlicos, o sobre los propensos a la falsía, sino para anular o remediar en lo posible sus deficiencias y para elevarlo en consecuencia al grado de hombre digno.

Y pensando así yo deduzco que la vida que los pueblos llevan y, en consecuencia los hombres, no es aceptable. Y opongo la realidad luminosa y fraterna! que yo pienso, que yo, es cierto, propago. Antes bien, esta forma de vida que hoy se impone, hace al hombre enemigo del hombre; y esclavo, presa y víctima. Lo que es injusto, lo que es malo, lo que es negativo. Por eso, te digo, lo combato.

Pero mi combate no es combate de odio, sino de amor.

En mi pensamiento está, ¡oh, Agripa!, que nada se gana para el bien, si se quita un César para poner otro o un sacerdote para poner otro. Porque en suma, los efectos seguirán los mismos, imponiendo a una autoridad otra, a una religión otra.

Convén conmigo, Agripa, que por doquier vas, encuentras dolor y maldad, miseria del cuerpo y miseria del espíritu. Convén conmigo que no puedes sentirte orgulloso de ser hombre ni de ser romano, viendo a la plebe judía y a la plebe romana arrastrarse embrutecidas, llenas de harapos y esqueléticas. Son, sin embargo, personas semejantes a tí, con la sola diferencia de que nacieron en el bando de los esclavos y en el plebeyo.

Y si aún tú encuentras como justo el sistema de castas, dime si no es feo el espectáculo que encuentras apenas salido que eres de tu palacio y por la calle marchas. Cien veces tú, ¡noble romano!, habrás vuelto la cabeza ante escenas de miseria abyecta o de baja ruindad. Si no de pena por estar embrutecidos tus sentidos razonantes, a causa de

tu educación y de tu ambiente, al menos de asco. Si ha sido así, movido de tu instinto, has deseado que no existiera.

Imagínate ahora, al menos por estético y buen gusto, una sociedad sin hambres ni sometimientos, sin egoísmos (en tanto que pasión especulativa) y sin ignorantes. Tú saldrías a la calle aun no siendo rey, y serías contagiado del goce de los otros, de la felicidad de los demás .Porque habiendo suprimido las causas de lo que antes te señalé, esto sería producido.

Y no viendo ni existiendo espectáculos soeces o sombríos, seguro estoy de que tú tendrías mayor dicha de la que ahora tienes.

Y si lo que te digo no comprendes por estar lejos de concebir de estas cosas, tú estarás de acuerdo conmigo al juzgar lo hermoso que aquello sería.

He aquí lo que quiero y propongo y por lo que ante ti me han traído, ¡oh, Agripa:

¿Vendrá un día en que los hombres respeten a los hombres y se acerquen entre sí en un gesto grande, muy grande de fraternidad? Yo quiero creer que sí.

Llegará día en el que las intenciones torvas habrán sido anuladas. Y esa frialdad que paraliza el entusiasmo por ayudar al que necesita de afectuoso apoyo moral, será muerta. Grande sería mi congoja si estuviera cierto que « esos tiempos no vendrán ».

El pleito mezquino no será conocido, porque no habrá las causas que lo hacen nacer...

No muevas la cabeza en son negativo, ¡oh, Agripa!, que la vida del hombre es una marcha constante hacia su perfección. El saldrá de este presente horroroso. Y aunque otro parecido venga después, ése también pasará. Y así hasta llegar al nuevo día que yo anuncio.

Porque escrito queda : « lo que fue ayer, hoy no es; y lo que hoy es, mañana no será ».

Que la vida marcha demoliéndolo todo. Y más, esta vida contradictoria que por las armas el hombre impone a sus semepantes.

Piensa en la Historia si no crees lo que digo, Agripa. Cayó Babilonia y cayó Cartago; por sus vicios, por sus excesos, por sus abusos. Fueron fuertes, mientras otras más fuertes no vinieron.

Y yo te profetizo que Roma también caerá, a pesar de su pode rinmenso que se extiende a los cuatro lados de la tierra. Caerá Roma como caerán también aquellos que por la fuerza sometan y esquilmen. Porque escrito está : « Quien por la fuerza se impone, por la fuerza perece ».

Y llegará la Era de la persuasión y de la fraternidad. La riqueza dejará de ser material y privada. No habrá otra riqueza que la venida del cerebro y de los sentimientos.

El hombre no tendrá la idea malsana, la idea enferma, d ehacer mal por obtener privilegio, porque éste no existirá. Y entonces se comprenderá la inmensa locura de nuestro tiempo.

Por decir esto, no incurro yo en delito. Y si tú pretendes que tengo culpa, apelaré al César y ante él defenderé mi razón y mi verdad. Que yo soy en derecho de pensar y decir aquello que a todas luces es justo y es bueno. Y aun no existe ley que diga textualmente haber delinquido aquel que propagó o manifestó cosa justa y buena.

FABIAN MORO

(Continuará.)

Colgando los hábitos

RECUERDOS DE UN ADOLESCENTE

(CONTINUACION)

¡Ah! Como a través de los años me siento emocionado, por tanta ingenua confianza o por tanta debilidad y por una tal pérdida de toda maestría de sí mismo. Entonces era incapaz yo de este género de emoción. Solicité aún:

—Présteme algunos libros.

—Creo haberlos dado todos hace mucho tiempo.

Sin embargo, me condujo hacia su biblioteca.

—Busca tú mismo, pequeño, y toma lo que te convenga, si algo te parece bueno. No te lo presto, te lo doy. A mí me basta con mi breviario.

He llamado su biblioteca al montón descuidado que me enseñaba. Sí, lo había dado todo, el pobre generoso. Entre los innumerables escombros, le quedaban algunas compilaciones de sermones, que no tenía razón alguna en llevarme.

—¡No hay ninguna gramática latina! —dije desconsolado.

—¿Mi Lhomond?... (5) Hace cuarenta y cuatro años... sí, son bien cuarenta y cuatro... que lo dí a mi sobrino Pedrito, cuando entró en octavo.

—¿No tiene diccionario?

—Lo dí a mi sobrino Pedrito cuando entró en sexto.

Me llevé, tesoro inquieto, un desgraciado volumen sin tapas y al cual le faltaban páginas, **Opera quae extant**, lo que queda de Virgilio en casa de un cura demasiado viejo.

Días y días, escondido en el granero o, entre la soledad de los campos, contra sa sombra estrecha y moviente de un pajar, estudiaba, ayudado un poco por la columna francesa, los oficios latinos de mi feligrés. Pero mi vocabulario era pobre y la sintaxis, qué laberinto durante la noche... Bien veía que **domino, domini, dominus, dominum** eran la misma palabra, pero no me daba suficiente cuenta las razones del por qué ponía su máscara en **um** o su máscara en **us**. Nunca llegué a descifrar, con este único socorro, dos versos de mi Virgilio.

El cura cacoquimio fue pronto llevado a alguna casa para ancianos. Lo remplazó un joven capellán, el hombre tal vez más altivo que haya conocido. Lo sentía poco abordable, aquel recién llegado de cabeza erguida. Mi sed de aprender me hizo, no obstante, que le abordara. No me atreví enfrentar a la bestia negra en su pocilga y su presbiterio. Por casualidad, era como yo un gran caminante y aproveché el encuentro en un camino desierto.

Me acogió embelesadoramente, haciéndome que le contara toda mi historia. Cuando no tuvo más que aprender, su aspecto se volvió serio, e iba a decir áspero. El maloliente orgulloso me acusó de orgullo. Afirmó que era evidente mi vocación de hermano marista. Lo que tendría que hacer en el mundo es conservarla fielmente hasta que Dios, que me la había indicado de modo infalible por una primera estadía en el noviciado y por las recomendaciones de mis superiores, me diese la fuerza y la talla necesaria. Luego explicó largamente, ¡el mentiroso! que un hermano es más feliz que un sacerdote y se condolió, ¡el hipócrita! que Dios no le hubiese otorgado la misma vocación que a mí me había concedido.

Si la hubiese conocido, tal vez hubiera repetido la lamentación de Moisés en Alfredo de Vigny:

Señor, que me habéis hecho potente y solitario;
Dejadme dormir con el sueño de la tierra.

Pues el mozo era poeta y, ¡maravilla morrocotuda! poeta bilingüe. Sobre la altura que domina Rognac, su fervor, algunos años más tarde, hará plantar una cruz, por la gloria sobre todo de inscribir en el pedestal algunos versos provenzales de su cosecha. He olvidado aquella peroración sagrada. Sé solamente que la cruz esparcía sus beneficios en la cima de las montañas como en la cuenca de los valles. Mi memoria ha conservado, en revancha, algunos versos franceses del mismo origen que son, en efecto, poco olvidables. La riqueza principal del pueblo era la almendra. Pero la flor del almendro, demasiado impaciente, se expone en febrero y en marzo a muchos peligros y la cosecha a menudo fracasa. El nuevo cura había encontrado el mejor de los remedios y la más infalible de las seguridades: había que cantar, cuando las flores adornaban los campos e inquietaban los corazones:

Virgen, protege
estas flores de nieve
con que la primavera
adorna nuestros campos.

El hombre, bien se ve, tenía sus razones para estar orgulloso. Desde lo alto de sus glorias, despreciaba al niño que la divina bondad había hecho pobre para que fuera pequeño hermano de María y que aspiraba el imprudente rebelde, a aprender el latín.

No tenía yo siempre el alivio de devolverle desprecio secreto por desprecio visible. Cierto, sus versos me hacían reir y, aunque mi madre criticaba los míos con una severidad feroz (6), me los

(5) El abate francés Carlos Francisco Lhomond (1727-1794) fue el autor de una renombrada **Gramática Latina**. Trad.

(6) En un poema que tal vez yo creía bíblico, el joven Tobías, encontrando a un israelita occiso.

afirmaba y estaba obligada a reconocerlos un poco menos infantiles.

Pero mi sentido de la justicia me obligaba a admirar al predicador. No solamente poseía una belleza física que osaré llamar perentoria : prestancia, grande talla, voz potente y armoniosa, cara regular, mirada fascinante y el gesto dominador. Le reconocía —y de ello rabiaba—, méritos aún más profundos. Su discurso estaba siempre bien construído. Sus tres puntos formaban siempre una sabia graduación. La frase, clara, llena, armoniosa, se relevaba, aquí o allá, con algún discreto arcaísmo. La fuerza demostrativa parecía increíble a mi ingenua piedad. Y este hombre sin bondad y sin dulzura en la vida tenía, desde que era necesario, en las peroratas por ejemplo, una unción seductora y una emoción persuasiva. Cuando terminaba predicando magníficamente, hubiera querido poder quererle.

Aquel lunes, por un camino emocionante de belleza (rodea al estanque de Berre), marchaba yo solitario y declamante. Me repetía, ensayando en reproducir las nobles entonaciones, el emocionante sermón de la víspera. Mi memoria me permitía el encontrar intacto el balanceo de los períodos más acertados. En cuanto al resto, improvisaba. El pequeño meridional que se creía solo y, casi titubeando, se henchía de elocuencia, no era avaro en cuanto a los gestos. Todo entero en el discurso a mitad encontrado y a mitad creado, nada veía de cuanto le rodeaba, ni la innumerable sonrisa del mar, ni la gracia de las colinas, ligera y como danzante en la luminosidad; nada más que, tal vez, un futuro auditorio admirativo. En vano la estación del año multiplicaba colores y perfumes; en vano cantaban los pájaros.

—¡Qué memoria la tuya!

Me volví, halagado y, rindiendo cumplido al cumplido :

—¿Cómo olvidar tan bellos pensamientos y palabras tan hermosas?

—Estoy bien seguro de que nadie como tú ha recordado tantas.

Poniendo sobre mis hombros una mano a la vez halagadora y dominadora, el señor cura continuó :

—Querido pequeño Jacques, ya que tienes tan buena memoria y que estás destinado a la vida religiosa, ¿por qué no vienes a decir la misa?

El recuerdo de mi vocación de marista me había súbitamente enfurruñado. Respondí con forzada sonrisa :

—Tengo buena memoria para todo lo que comprendo. Soy incapaz de retener dos palabras si no tienen sentido para mí. Enséñeme el latín y diré la misa con placer.

—¡Eh! —dijo altivo—, creo que este mocoso me propone un trato.

Se volvió hacia el pueblo del cual hacía un instante nos alejábamos.

—¡Eh! —exclamé regañón y continuando mi camino—, creo que este rico avaro me propone un engaño.

Tuve la emoción de distinguir en sus pasos como un titubeo. ¿Volvería para darme un sopapo? Lo esperaba, lo deseaba, y me hubiera sentido feliz viéndole cometer un pecado de cólera. Pero, vuelto dueño de sí mismo, prosiguió alejándose.

En la soledad de nuevo deslumbrante y sonora, improvisé un discurso en dos puntos sobre los pobres a los cuales siempre se les pide, y a los cuales nunca se les da.

El mensajero auxiliar que aseguraba la unión postal entre Rognac y Aix de Provenza cayó enfermo. Para evitar a este buen hombre los gastos de un reemplazante, mi padre me encargó del servicio (7), que por cierto era muy fácil. El convoyante que reemplazaba hacía, a pesar de los reglamentos, encargos para la gente del pueblo, y cada uno le hacía ganar cinco céntimos. Esperaba yo, mediante este pequeño negocio, procurarme algunos libros. ¡Infelizmente!, mi padre me prohibió severamente la menor irregularidad.

—Puedo cerrar los ojos sobre las andanzas de Moutet; pero no puedo permitir que mi hijo viole los reglamentos.

Aquellos pocos viajes fueron, no obstante, una felicidad. Desde mi llegada y la entrega de los paquetes en la estación de Aix hasta el momento en donde venía a tomar los del retorno, se pasaban, si mal no recuerdo, tres o cuatro horas, todo un gran trozo de la tarde. Ya que no había visto una ciudad desde hacía años, paseaba voluptuosamente, mirándo las hermosas avenidas, las bellas fuentes, los hermosos hoteles y, nostálgica alegría, las vitrinas de los libreros. En una pequeña calle desierta encontré una felicidad más completa : las mesas al aire libre de un librero de viejo. ¡Ah! si tuviera un poco de dinero... Pero era y a una cosa muy buena el tocar libros desconocidos, de leer aquí o allí una media página, tan hermosa por estar aislada, por ser coqueta y huidiza : la gracia de viajera apenas entrevista.

Una gran corazonada. ¡La gramática latina de Lhomond! El librero estaba en el fondo de su botica, muy ocupado con sus arreglos. Temblando de miedo y de alegría puse el libro debajo de mis brazos y, a pesar de una loca alegría por correr, me alejé con un paso tranquilo. Al primer recodo de la calle apresuré mi marcha. Llegué a una gran avenida, me senté en un banco público y, hojeando con ebriedad, me dí, goloso, estúpido, que quisiera tragarlo todo de repente, mi primera lección de latín. Ya en el tren, a pesar de mi ar-

---

...lo metía en la tumba
sin siquiera mirar si era feo o hermoso.

Mi madre bromeaba a menudo con este verso que no es únicamente ridículo por su absurdidad lógica y su ingenuo enclavijado. No dudaba de que en él ponía yo inconsciente e inoportunamente un sufrimiento profundo. Se comprenderá más lejos el porqué las ideas de belleza y de fealdad me perseguían y me mordían. — **H. R.**

---

(7).—El padre de Han Ryner era entonces encargado del Correo de Rognac.—**Trad.**

dor explorador, consentí a las lentitudes del método. Llegando a casa ya podía recitar sin titubear, **rosa, la rosa** y **dominus**, el señor. Corrí rápido hacia mi libro de parroquia sabiendo ahora por qué el señor se llama **dominus** cuando habla y **domino** cuando se le habla.

Al otro día evité el barrio del librero de viejo. En el Paseo, a veces sentado, a veces paseando, aprendía la continuación de mis declinaciones.

Algunos días más tarde, dejé dormir la gramática en el pueblo, e hice alternar en el tren ensueños libres y seguras recitaciones. En seguida que estuve livre, corrí hacia la alegría rara de tocar los libros. Perdido entre los volúmenes más gruesos, me tentó un pequeño librito. Se trataba de la defensa de Arquias por Cicerón. Me arrancaba penosamente a la seducción. Si cedía, sentía que arriesgaba demasiado por tan poca cosa. Huí del **Pro Archia poeta,** pero él me perseguía, tan hermoso, tan prometedor. Las tres palabras de este título eran la más deliciosa de las músicas, las más persuasiva de las llamadas. Volví de nuevo, alegremente vencido. Al pasar, sin detenerme, me amparé del libro y lo deslicé en mi bolsillo.

—¡Eh! ladronzuelo, te hemos visto —gritó desde una ventana una agria voz de mujer—.

Si volvía y devolvía el librito, me pareció que arriesgaría más que si lo guardara. Empecé a correr, di la vuelta, jadeante, por la primera calle, luego por la segunda y por la tercera. Mi pista estaba por cierto embrollada desde hacía un buen rato y aún no me atrevía a mirar detrás de mí ni a sacar de mi bolsillo el peligroso librito.

Ignoro lo que ocurrió en los lugares por donde huía. Pero aquel librero de viejo, anciano y barbudo, no tenía el aspecto malo. Alertado, vino sin duda a considerar sus libros, constatar lo que había desaparecido, alzar los hombros y declarar : « Valía bien dos céntimos... ». Mientras que la valiente mujer respondía, severa : « Quien roba un huevo, roba un buey » (8). Ella injurió, lo esperó, al librero bonachón demasiado indulgente que me dejaba hundirme en el vicio y marchar hacia la guillotina.

En el tren, feliz de mi conquista, de mi hazaña y del peligro corrido, empecé a descifrar el **Pro Archia.** Sabía ya perfectamente mis declinaciones y más o menos las conjugaciones de los verbos regulares. Pero mi vocabulario era demasiado indigente. Comprendí poca cosa. Sin embargo mi alegría no dejó abatirse; Cicerón, lo sentía me sería menos inaccesible que Virgilio.

(**Continuará.**) **HAN RYNER**

---

(8) Œuf (huevo) y bœuf (buey) riman en francés. **Trad.**

BATALLAS A GANAR

El último censo de población residente en Francia indica que sobre 1.815.555 extranjeros, 431.000 son españoles.

¡Libertario, no olvides que la mitad, por lo menos, debería pertenecer a la C.N.T.!

★

ESTADISTICAS

— Presupuesto del Estado español para el ejercicio económico 1964: 120.843 millones de pesetas.

—Para Educación nacional: 11.592 millones. Es decir, el 9,56 %.

★

MAS ESTADISTICAS

— Entradas registradas en la C.N.T. durante la gestión 1963: 303.626,82 francos.

— Para Cultura y Propaganda: 11.400,00. Es decir, el 3,75 %.

★

HUMOR CRITICON

Los defectos de los otros son los elementos del inventario que cada uno inicia, pero que ninguno termina.

★

HUMOR INGENUO

Demos gracias a la ignorancia de ser fuente de tantas discusiones interesantes.

FUNDACIÓN PABLO IGLESIAS
BIBLIOTECA

Documentos

La F.A.I. lanza su declaración de principios

LA conferencia específica intercontinental, reunida a últimos de marzo con participación de la Organización del Interior y representaciones de todos los núcleos del exilio, ha tomado importantes acuerdos relativos a la organización de lucha en España y ha decidido la declaración de principios de la F.A.I. que insertamos a continuación:

«Entendemos que ninguno de los acontecimientos ocurridos en la historia moderna del mundo, desde que el anarquismo tomó forma concreta como filosofía y metodología propia, ha sido significativo de descrédito para nuestros principios ideológicos.

Antes al contrario, las añejas constataciones de los anarquistas sobre las esencias de la libertad y sobre el papel nocivo de todos los Estados se ha encargado el propio Estado de valorizarlas.

A nuestra crítica contra la institución del Estado se ha opuesto en estos últimos tiempos un argumento de gran poder espectacular, a saber: la conquista gradual o revolucionaria de ese mismo Estado, argumento cuyo éxito pasajero relegó al olvido las sabias prevenciones de los anarquistas sobre la imposibilidad de conquistar el Estado sin previamente destruirlo.

La nueva mística brindó dos fórmulas a cual más perniciosa: la Reforma del Estado según la práctica socialista parlamentaria y el **asalto violento al Poder** puesto en práctica por los comunistas rusos.

La reforma del Estado condujo a la lucha política, a las corruptelas y bizantinismos sin mayor resultado que el caos económico y administrativo en todos los Estados.

La salida a esta situación la hallaron el capitalismo y el Estado con el golpe reaccionario fascista — revolucionario a la inversa — que contó como factores y posibilidades de éxito la desmoralización y dispersión del frente auténticamente revolucionario.

El asalto frontal al Poder y la subsiguiente utilización del Estado como órgano revolucionario— implantación del socialismo desde arriba—nos ha dado el fruto de la feroz dictadura soviética, uno de los experimentos más peligrosos emprendidos por la humanidad y cuyos resultados monstruosos están a la vista.

Ambas experiencias, la socialreformista y la dictadura del proletariado, han producido una terrible depresión en los medios del proletariado y una crisis moral profunda en la intelectualidad liberal.

Después de dos guerras terribles, consecuencia lógica del proceso de la situación, el llamado Estado democrático cotiza hoy a alto precio su victoria contra el llamado totalitarismo — hechura suya — pasándonos a todos su factura y ajustándonos las cuentas del Gran Capitán. Resumen: Que el Estado histórico — siempre uno e inconfundible — se ha remozado con el elixir de larga vida de los intervencionistas y colaboracionistas, luciendo a los ojos del mundo hambriento el garbo de su segunda juventud.

Por todo lo expuesto declaramos:

Que la libertad como medio y como fin constituye la esencia de las ideas anarquistas.

Que el Estado, el Poder organizado de coacción y represión apoyado en la inhumana premisa de la incapacidad y desprecio del individuo, es el primer obstáculo contrapuesto a la plena realización de la libertad y de la justicia.

Que los conceptos de organización y de administración de las entidades e intereses sociales no tienen nada de común con la atribuída capacidad del Estado para poder organizar y administrar.

Que el Estado es sólo defensor de los privilegios de clase, ajeno a la equidad y principal factor del desbarajuste social.

Que no existe organización social posible sin el implícito reconocimiento de la soberanía del individuo compatible con la soberanía colectiva.

Que la valorización del individuo tiene su trascendencia lógica en la autonomía de todos los núcleos sociales entre sí.

Que el pacto libre y la federación voluntaria, obligados por el mutuo consentimiento y la necesidad, deben constituir los cimientos de toda organización colectiva.

Que no existe libre asociación popular si todos los movimientos no van orientados de lo simple a lo complejo, del individuo a la sociedad, de abajo arriba, sustituyendo la arbitrariedad autocrática por la necesidad común, el mando a discreción por el mandato condicionado, el poder ilimitado por la gestión definida.

Que estos nobles objetivos sólo pueden conseguirse procediendo con tácticas acordes con los principios.

Que una conducta anarquista en el orden individual y una práctica federalista en el plano orgánico, son condiciones indispensables en el militante y en las organizaciones para imprimir una influencia efectiva en el medio social llamado a ser transformado.

Que todas las desviaciones tácticas — definitivas y provisionales — tienden automáticamente a desvirtuar los principios, alejándonos de las finalidades.

Que el anarquismo no puede ceder a veleidades oportunistas sin entrar en colisión con los motivos consubstanciales de su existencia y razón de ser históricos.

Conferencia Internacional de la Federación Anarquista Ibérica

Marzo 1947.

Imp. des Gondoles, 4 et 6, rue Chevreul, Choisy-le-Roi (Seine). — Le Gérant E. Guillemau. Toulouse Hte. Gne

POETAS DE AYER Y DE HOY

La patria de mis sueños

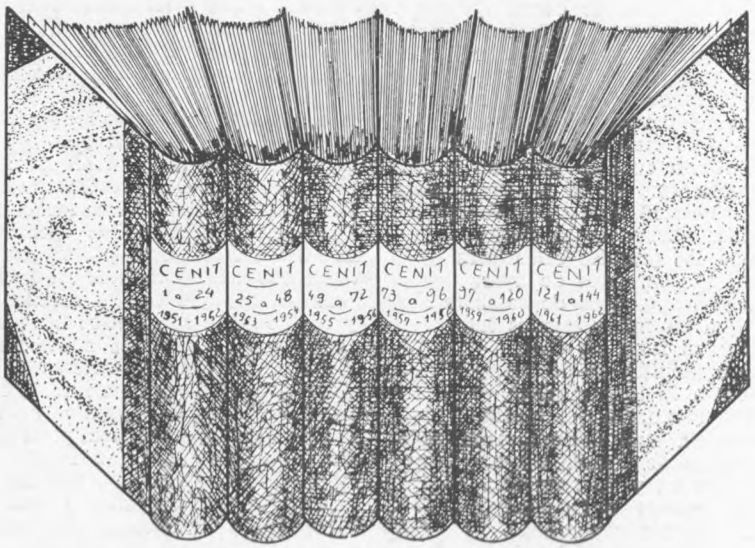
de Manuel B. Calderón

Con esa fe magnífica, con esa fe bendita
que en los creyentes pechos espléndida palpita,
es magnífica esperanza, es himno y oración
yo cifro en lo futuro fantásticos empeños
y aguardo esperanzado la *Patria de mis Sueños.*
la patria que ambiciona mi humilde corazón.
...Acaso cuando nazca mi *Patria,* yo habré muerto
no siempre el peregrino que va por el destino
consigue en el oasis tranquilo reposar,
no siempre en los carbones de la profunda mina
encuentran los mineros la piedra diamantina
que al transcurrir el tiempo cual Sol ha de brillar.
Yo sé que es la existencia cual la pertinaz gota
que en la alborada muere, que en la alborada brota
y sé que los que luchan no siempre han de vencer
pero al mirar mis sueños abrirse como flores,
recuerdo que en la vida los grandes redentores
son héroes del mañana, son mártires de ayer.
Cuando la sangre siega los campos de combate
suspiro por la *Patria* que en mis ensueños late
y temo que los hombres con furia de Cain
destrocen esa vida que a palpitar se atreve
como palpita el tallo entre la blanca nieve
que cubre en el invierno la pompa del jardín.
Mas no, que la existencia cual deslumbrante rayo
nos muestre los vergeles donde florece mayo,
radiante de alegría, de aroma y de arrobal...
y siempre a la tormenta sucede la bonanza,
al triste desconsuelo la fúlgida esperanza
y a la nocturna sombra la majestad del Sol.
Su ejército naciente, ya existe, ya batalla,
no canta sus victorias la horrísona metralla,
no empuñan sus soldados mortífero fusil,
no invitan a la muerte gritando las cornetas
ni el hierro se envilece con fratricidio vil.
En la invencible flota, como en la patria fuerte,
no formaron rapaces las aves de la muerte,
los barcos de rapiña, los cuervos de la mar
ni anunciarán destrozos, ni ostentarán cañones
será el amante lazo tejido entre regiones
que vivan cual hermanas ausentes del hogar.
Cuando despunte el alba mirad la madre tierra,
y ved los que en ella sostienen brava guerra,
mirad los que el terruño se afanan por romper,
y ved en esos hombres la honrada « infantería »
que tiene por cuarteles el campo y el taller.
Seguid, seguid atentos, mirad los « escuadrones » que
[avanzan
conduciendo riquísimos montones de rubicundo trigo
que ha de tornarse en pan,
mirad los que transportan los frutos sazonados,
y ved en esos hombres los rústicos « soldados »
que a la bendita tierra laureles brindarán.
Mirad los puentes que encorvan las espaldas,
mirad las carreteras que trepan por las faldas
venciendo de los montes su impávida altivez,
mirad a los que trazan canales y senderos
y ved cómo se afanan los nuevos ingenieros,
mostrándonos pacíficos su noble intrepidez.
Y en minas y en canteras la pólvora triunfante,
pregonara el esfuerzo de la legión gigante
que al hierro y al granito combate con tesón,
y cuando suenen roncos petardos y barrenos
veréis los « artilleros » impávidos, serenos,
lanzarse a la conquista del bloque o el filón.
Terminarán las luchas y cesarán las quejas,
y espadas y cañones se fundirán en rejas
y de la nueva aurora a la fulgente luz,
veréis a los « soldados » con gumias y cinceles,
con picos, azadones, escoplos y troqueles
con armas de trabajo que es redención y cruz.
Y así veréis la *Patria* que sueña el alma mía,
con sueño luminoso de soñador tenaz,
y así era la *Patria de mis Sueños*
la Patria en que, abrazados los grandes y pequeños,
entonen trabajando el himno de la paz.

El estudioso de habla española
deberá disponer de los

seis volúmenes encuadernados de

CENIT



¡Toda una verdadera enciclopedia Social!

Solicitarlo a nuestra administración